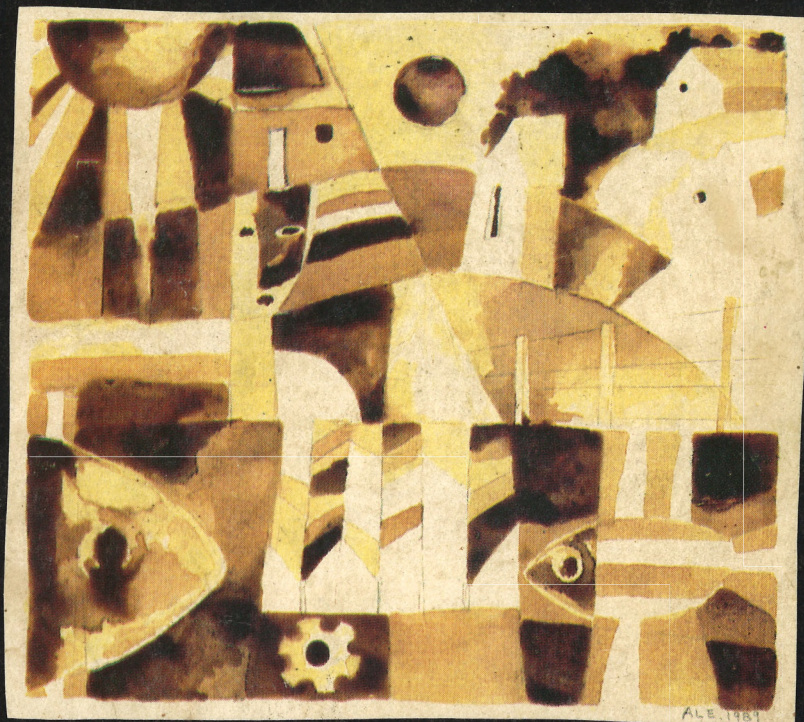


MANUAL PRÁCTICO DE ECONOMÍA

Rodr  Sendic



tae

© Túpac Amaru Editorial
Zabala 1322 of. 204
Queda hecho el depósito
que ordena la ley
Impreso en Uruguay - 1989

MANUAL PRÁCTICO

DE ECONOMÍA

Raúl Sendic

Introducción

A este libro lo elaboré en la cárcel y lo saqué clandestinamente a fines del año 1983. Fue sobre todo después del Plebiscito donde triunfó el NO en 1980, que los rehenes tuvimos más libertad de lectura, lo que en materia económica significaba que podíamos leer tratados sobre economía de Estados Unidos pero no sobre la de Uruguay. Podíamos leer las interesantes revistas de los bancos suizos pero no la de los estudiosos de Latinoamérica.

Este libro fue publicado en México, Nicaragua y Argentina en 1984, o sea antes de nuestra liberación.

Volviéndolo a leer ahora, 1989, pienso que en él hay cosas permanentes que podrían ser de interés para gente que se inicia en economía. Y que incluso está ya planteado en él el carácter de impagable de la deuda externa del Tercer Mundo, el traspaso del capital productivo al sector financiero y algunos de los problemas de las economías planificadas que ahora han salido a luz a raíz de la perestroika.

Todo esto me ha persuadido de hacer una edición de este libro en Uruguay, a la que solo le he hecho una corrección de erratas (que fueron muchas en las ediciones anteriores debido a la letra milimétrica que hubo que usar en el original), y no tiene otros añadidos que los que están en las llamadas.

/

Raúl Sendic

Prólogo

Mario Benedetti

I

Es obvio que no soy un especialista en temas económicos, de modo que estas páginas no pretenden ser un prólogo valorativo sobre los planteamientos del autor en ese campo, sino más bien un llamado de atención acerca de las peculiares condiciones en que el trabajo fue compuesto, como signo inequívoco de una voluntad indoblegable. De mis lejanas épocas de estudiante guardo el vivo recuerdo de un libro, Historia de Europa, escrito en la cárcel por el notable historiador belga Henri Pirenne (1862-1935), alguien que durante la Primera Guerra Mundial se enfrentó con coraje a los alemanes. Durante la redacción de ese libro estupendo, Pirenne no pudo consultar ningún texto ni verificar ninguna fecha. Lo escribió a solas con su memoria de historiador, y quizás por eso resultó una obra particularmente amena, sin esa farragosa erudición que parece obligatoria en un texto de historia.

Salvadas las inevitables distancias, este trabajo de Raúl Sendic, concebido y redactado en prisión, en condiciones apreciablemente más duras que las soportadas 70 años atrás por Pirenne, tiene atributos que de algún modo recuerdan los de aquel diálogo del preso belga con su memoria histórica y también aquel empeinado propósito de no ser

devotado por la soledad. De ahí que, a fin de que el lector se sitúe frente a este caso, poco menos que excepcional, de escritura reflexiva, y antes de entrar en otras consideraciones, quiero transcribir un artículo que publiqué el 5 de setiembre de 1983, en el diario El País de Madrid, dos días antes de que cumplieran los diez años de prisión e incomunicación Sendic y los otros ocho rehenes (todos dirigentes del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros).

Debo aclarar que con posterioridad a la publicación de ese artículo, los nueve rehenes fueron trasladados al penal de Libertad, y si bien continúan allí en condiciones de aislamiento (sólo uno de ellos, Adolfo Wasem, que padece de cáncer, está internado en el Hospital Militar) es evidente que se ha producido una sustancial mejoría en las condiciones de reclusión y de las visitas familiares.

II (Diez años de soledad)

El siete de setiembre se cumplen diez años de un hecho poco común, casi diría excepcional en la historia mundial de las cárceles. En Uruguay hay actualmente más de un millar de presos políticos, la mayoría de ellos en condiciones de extrema dureza; pero en ese conjunto hay nueve detenidos, los llamados "rehenes" que en estos días cumplen diez años de incomunicación. Durante ese lapso han ocupado siempre celdas individuales, no en las cárceles especialmente habilitadas para los presos políticos sino en cuarteles y otros locales distribuidos en el interior del país. En algunos casos se han utilizado como calabozos ciertos recintos que originalmente fueron cisternas subterráneas. En general las celdas han carecido de ventanas y de las mínimas condiciones sanitarias.

Durante largas temporadas a estos reclusos les ha sido prohibida toda visita, y en los períodos en que se les permite ver exclusivamente a familiares directos (cónyuge, padres, hijos) las entrevistas, que rara vez exceden los diez minutos por quincena, tienen lugar ante un magnetófono y en presencia de guardias armados, y en el diálogo está expresamente prohibida toda referencia a la actualidad nacional e internacional. Por otra parte, el lugar de detención cambia de continuo y a veces transcurren varios meses de angustia antes de que los familiares consigan averiguarlo.

Lo corriente es que estén situados a 300 kilómetros o más de la capital, y eso añade una nueva penuria a la situación de los familiares.

En los primeros tiempos, los abogados podían visitar regularmente a sus defendidos; luego los permisos se fueron espaciando de modo considerable. Posteriormente los letrados fueron recibiendo cada vez más frecuentes amenazas o sufrieron diversos atentados e incluso algunos de ellos fueron encarcelados. En definitiva, y debido a esa sistemática persecución, casi todos han debido exiliarse, pasando en consecuencia esos presos tan especiales a ser atendidos por los defensores de oficio (que por supuesto son militares), algo que en el Uruguay actual significa lisa y llanamente carecer de defensa.

Durante este decenio los "rehenes" no han podido hablar con ningún otro preso (es raro que haya más de un "rehén" en cada lugar de detención, pero en el caso de que coincidan dos o más, nunca pueden verse ni hablarse) y como si eso fuera poco tienen prohibido dirigir la palabra a sus carceleros, y éstos tampoco pueden hablarles. Ni siquiera en los casos en que han recibido una precaria atención médica, pueden dialogar con el profesional que los atiende. Algunas de las celdas son tan pequeñas que casi impiden el movimiento del recluso. En extensos períodos no han tenido siquiera luz eléctrica y en consecuencia toda posibilidad de lectura ha estado excluida. La veda incluye periódicos y receptores de radio. Durante el proceso, estos reclusos no comparecen en ningún juzgado ni se les permite enfrentarse a los testigos de la acusación.

Estos son los nombres de los nueve "rehenes", con indicación de su profesión u oficio: Henry Engler (estudiante de medicina), Eleuterio Fernández Huidobro (empleado bancario), Jorge Manera (ingeniero), Julio Marenales (profesor de Bellas Artes), José Mujica (puestero de mercados), Mauricio Rosencof (dramaturgo y poeta), Raúl Sendic (procurador), Adolfo Wasem, (estudiante de Derecho) y Jorge Zabalza, (estudiante de Notariado). Todos ellos, antes del aislamiento, ya habían sido brutalmente torturados. Pertenecen al Movimiento de Liberación Nacional.

Aprovechar el tiempo

En un informe rendido en Washington ante la Cámara de Diputados

el 27 de junio de 1976 por Eddy Kaufman, de Amnistía Internacional, se cita esta opinión del entonces director del penal de Libertad: "No nos atrevimos a liquidarlos a todos cuando tuvimos la oportunidad, y en el futuro tendremos que soltarlos. Debemos aprovechar el tiempo que nos queda para volverlos locos". Al parecer, lo han aprovechado. En otro informe de Amnistía Internacional (sección francesa) se señala que las condiciones de confinamiento han afectado la salud mental de por lo menos dos de los prisioneros. Agreguemos que lo verdaderamente extraño es que no hayan enloquecido los nueve, que no se hayan convertido en alimañas.

No voy a enumerar aquí las aberraciones jurídicas de estos nueve casos. Expertos de renombre internacional ya han señalado la impresionante colección de violaciones a la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, a las más elementales normas jurídicas y a la propia constitución uruguaya, que se acumulan en esta situación insólita. Ni siquiera es ésta la ocasión de elucidar la razón o la sinrazón de la acción revolucionaria de estos luchadores políticos. Sin embargo, ni el lector ni yo precisamos ser expertos en la materia para aquilatar el horror de esta circunstancia. Piénsese por un instante que estos presos están incomunicados desde cuatro días antes del golpe de Pinochet y recórrase mentalmente la nómina de algunos hechos acumulados en estos últimos diez años.

Dos juegos Olímpicos y tres Copas del Mundo; crisis del petróleo y guerra del Líbano, con matanza de Sabra y Chatila incluida; revolución de los claveles en Portugal; apogeo de la Trilateral y fracaso de la Escuela de Chicago; premios Cervantes a Carpentier, Onetti, Rulfo y premios Nobel a García Márquez y Pérez Esquivel; muerte de Franco y recuperación democrática de España; derrocamiento de Idi Amin, Bokassa I, Somoza, el Sha de Irán, Galtieri, Ríos Montt; revoluciones triunfantes en Angola, Mozambique, Etiopía, Irán, Nicaragua, Granada; instalación de Maradona en Barcelona y de Julio Iglesias en Miami; asesinatos de Micheli, Anwar-el-Sadat, monseñor Romero, John Lennon; transformación de la Guayana Holandesa en Surinam y de Karol Josef Wojtyła en Juan Pablo II; Brizola en Río y el Guernica en España; desaparición de Henry Miller y reaparición del Hombre de Orce; contundentes plebiscitos contra la dictadura uruguaya; guerra de las Malvinas y réquiem para

el panamericanismo; tropas soviéticas en Afganistán y norteamericanas dondequiera; desaparición en Argentina de Haroldo Conti y otros treinta mil; publicación de La guerra del fin del mundo y orgía de misiles para confirmarlo; desaparece la P-2 y aparece el gas nervioso; muerte de Mao, Perón, Makarios, Tito, Agostinho Netto, Boumedienne, Kenyata, Breznev; fin del síndrome de colza e inauguración del de inmunodeficiencia; muerte de Neruda, Ingrid Bergman, Rene Clair, Carpentier, Buñuel; crisis polaca; crisis centroamericana, crisis del Chad; segunda generación de cacerolas chilenas.

Eso y mucho más aconteció en el mundo desde 1973 hasta 1983 sin que los nueve prisioneros pudieran enterarse de nada. Diez años de prisión son mucho tiempo, pero diez años de soledad son un castigo que nadie en el mundo merece. Cada uno de estos expulsados de la humanidad, reducido a su infamante aislamiento, sabe ya de memoria las sombras del muro, las arrugas del piso, las manchas del techo. Tal vez lucha consigo mismo para no enmohecerse, para no desparramarse en la postración o el delirio, manteniendo encendida la esperanza como una vela casi sin pabilo, consciente sin embargo de que el derrumbe en la desesperación sería el triunfo del otro, del enemigo-otro. Habría que retroceder varios tramos en la historia para hallar prácticas de un sadismo tan explícito. En un concepto moderno de la justicia, ni los criminales más atroces e irre recuperables son sometidos a este tipo de tortura moral, de castigo sin tregua. Sólo nueve "rehenes", cada uno de los cuales probablemente ni siquiera sepa qué pasó con los ocho restantes.

Cada vez se habla menos de ellos. Por eso esta nota sólo quiere ser un memorándum, un recordatorio. No olvidemos que si los revolucionarios triunfantes reciben honores y admiración, y aun sus enemigos se obligan a respetarlos, los revolucionarios derrotados merecen al menos ser considerados como seres humanos.

III

Raúl Sendic es un personaje que por lo general es mencionado sin curriculum, y por cierto que sus datos no son abundantes. El mismo, la primera vez que es aprehendido se limita a decir: "Yo me considero un

prisionero de guerra. Lo único que voy a decir es mi nombre". Y al parecer es poco más lo que ha dicho. Cuando cae por segunda vez, herido en la cara, ya es un hombre cincuentón de estatura mediana y canas prematuras. Es padre de cinco hijos, a los cuales dedica precisamente este trabajo.

Casi abogado (sólo le faltaron dos exámenes para obtener el título), de pocas palabras y escasos escritos, había sido militante activo y eficaz del Partido Socialista uruguayo, en el que ocupó cargos de dirección. Desde los inicios de su actividad política, demostró una excepcional capacidad para comunicarse con las bases sindicales. Quizás el secreto de esa estrecha vinculación residiera en la austeridad y la modestia de su personalidad tan peculiar, así como en la seguridad que transmitía a cualquier interlocutor sobre la justicia de las causas que defendía. En las diversas instancias de su trayectoria, Sendic se ha acercado al obrero de la ciudad, al cañero, al hombre de campo, a sus compañeros de militancia, con sencillez y franqueza, hablando su mismo lenguaje, con naturalidad, sin obligarse a ello, nunca con la postura a veces paternalista del universitario, del intelectual (dos calidades que también posee).

"Por la tierra y con Sendic", fue el lema de los cañeros norteros de UTAA (Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas), cuando llegaban a Montevideo después de atravesar a pie toda la República en reclamo de una justicia, un tratamiento humano y una mínima dignidad de vida que la Constitución consagra pero que ellos nunca consiguieron.

Fundador del MLN, su nombre fue manejado a veces por las agencias de noticias como el de un personaje legendario. Hoy, con todos los pormenores y elementos nuevos que ha ido aportando la dinámica realidad uruguaya, las acciones y los pronunciamientos de aquel Movimiento pueden ser evaluados a otra luz comunitaria, juzgados con otro criterio histórico, pero sería una actitud hipócrita, o al menos desaprensiva, no reconocer que en los años sesenta y en los comienzos de los setenta, Sendic y sus tupamaros conmovieron profundamente el ámbito político y social del país, llegando a poner sobre el tapete algunos temas candentes y reveladores. Luego vinieron la derrota, la cárcel, la tortura, el desmembramiento, la incomunicación, los doce años de soledad.

No sé qué opinión merecerá este análisis de Sendic a los economistas. A mí simplemente me asombra el hecho de que un ser humano pueda sobreponerse al resentimiento, a la tentación del odio, a la frustración, al

descalabro político, al aislamiento de la familia, al silencio obligatorio, y también a la propia desconexión con los inevitables relevos y transformaciones que, en su teoría y en su práctica, ha experimentado el pensamiento económico en toda una década. Me asombra comprobar cómo ese obligado y nada vocacional anacoreta puede moverse con objetividad, con lucidez y hasta con humor e ironía, en la compleja urdimbre de la economía. A veces da la impresión de que las rejas no existieran. Me atrevo a vaticinar que este texto va a sorprender aun a quienes conocen su larga trayectoria política.

La impresión que el desprevenido lector recoge del análisis de Sendic es que la inevitable reflexión y el constante rescate de la fe en el ser humano, que este prisionero ha logrado ejercer hasta extremos inauditos, han representado para él un arduo curso de realismo. Esta removedora y personal cavilación sobre el pensamiento económico contemporáneo y sus derivaciones y consecuencias sociales, es probablemente un anticipo (y también un avance) del nuevo Sendic que la previsible amnistía devolverá al debate y al quehacer políticos.

Sin abdicar ninguno de sus principios básicos, y usando (al igual que mi recordado Pirenne) un lenguaje llano, que evita los vericuetos de lo erudito, Sendic formula un planteo que impresiona por su permanente atención al factor humano, al "potencial económico latente en cada individuo", las motivaciones personales para el trabajo, la importancia del "primer salario", el suntuoso consumo que enriquece la vida en contraste con el consumo compulsivo que no da satisfacción. Y cuando cita a Ghandi (de memoria, claro), es para recordar que "no se trata de multiplicar las necesidades hasta el infinito, sino de aislar las esenciales y solucionarlas".

No estoy en condiciones de desentrañar lo ya sabido de lo estrictamente nuevo en las reflexiones de Sendic sobre economía. Que de eso opinen los que saben. No obstante, me atrevo a insinuar que si existe en el enfoque una innegable originalidad, ésta se basa fundamentalmente en la tenaz vinculación de lo económico con lo sencillamente humano, y sobre todo en cierta inesperada transfusión de calidez y comprensión en la fría enunciación de las cifras y los porcentajes.

Parece evidente que en sus doce años de aislamiento, apartado del mundo a pesar suyo, Sendic no estuvo solo: este trabajo es una sorpren-

dente bienvenida, prueba de que la realidad lo acompañó, nutricia, y mantuvo con él un diálogo fecundo.

Madrid, setiembre de 1984.

Biografía de Raúl Sendic

Nació el 16 de marzo de 1926, de madre hija de inmigrantes italianos y padre descendiente de vascos, en una pequeña explotación ganadera-agrícola, en el departamento de Flores. Conoció por primera vez la ciudad, y con ella la luz eléctrica y el agua corriente, a los diez años de edad, en Trinidad, adonde sus padres arruinados debieron trasladarse. Cursó los años de primaria en una escuela agrícola en los alrededores de Trinidad, y la secundaria en el Liceo de Flores, donde comenzó su militancia en la asociación de estudiantes. En Montevideo representó a los estudiantes liceales de Flores, y cursó la escuela preparatoria y los estudios de abogacía.

Militó en la juventud socialista después de la Segunda Guerra Mundial. Fue su secretario general de 1950 a 1952 y su representante en el congreso de Roma de 1956; también miembro del buró de la Unión Internacional de la Juventud Socialista.

Eran años de profundas sacudidas y reestructuraciones en el movimiento obrero, en la izquierda uruguaya y Raúl Sendic participa y se destaca en la lucha por la renovación de las preocupaciones y la práctica política. Figura muy destacada del ala izquierda del Partido Socialista, es elegido miembro de la dirección y participa en primera línea en sus cambios de orientación y

de dirección. Una larga crisis social y económica se desarrolla, la emigración despuebla aun más el país y la migración interna hacia Montevideo y otras ciudades genera los cinturones de miseria -cantegriles-, que ejercen una presión explosiva, social y política, que no encuentra canal ni respuesta suficientes en las organizaciones políticas y sindicales.

El contexto internacional marca en esos años la realidad uruguaya. La Junta Interamericana de Defensa, las "cartas de intención" ante el FMI, el alineamiento en el campo occidental en la guerra fría, transfieren progresivamente una buena parte de la decisión económica, militar y política hacia organismos y poderes internacionales. El parlamento, los partidos, las elecciones mismas ven restringirse su campo de decisión, al mismo tiempo gana terreno el poder de las fuerzas armadas y la banca, apoyados en esos poderes internacionales. Paralelamente Indochina, Argelia, Suez, la Sierra Maestra permiten lanzar en la izquierda uruguaya una reflexión sobre sus propios límites. Raúl Sendic se inclina por un pensamiento y acción socialista más próxima a las luchas de los países subdesarrollados que de los socialismos europeos. El Partido Socialista uruguayo se separa de la Internacional Socialista y Raúl Sendic busca una nueva práctica, lanzándose en Paysandú, Salto y Artigas a la organización sindical de los trabajadores de la remolacha y la caña de azúcar a comienzos de los años '60.

La organización de los cañeros gana rápidamente un amplio espacio en el país, a pesar de su carácter regional, canalizando y expresando una tensión inmensa contenida bajo la "pasividad" tradicional, que da un centro a aspiraciones y reivindicaciones que no habían encontrado caminos para expresarse. Las marchas de los cañeros a lo largo del país, la consigna "por la tierra y con Sendic" sacuden el viejo Uruguay y su movimiento obrero.

Playa Girón -Sendic visitó Cuba en el '60-, la intervención militar norteamericana en Santo Domingo en 1965, la ruptura de relaciones de Uruguay con Cuba, exacerban los enfrentamientos y las exigencias de nuevos métodos de lucha. Raúl Sendic, que ha concitado la condena y hostilidad de todas las fuerzas ligadas a las viejas estructuras, ellas mismas en pleno deterioro frente a su

dominio tradicional, está llegando a otras conclusiones. El título de un artículo suyo de 1963, *Esperando al guerrillero*, así lo indica. Los tupamaros iban naciendo, la organización clandestina y la guerrilla urbana van a ir desarrollándose.

Pero mucho antes de que los tupamaros se lanzaran a acciones militares, la decisión militar había ido remplazando la decisión parlamentaria. Plantas industriales, bancos, locales sindicales, centros universitarios eran ocupados en distintos conflictos por los militares y la policía. El movimiento tupamaro fue concitando una simpatía y cierta ayuda en capas que no eran inicialmente partidarias de estos métodos, pero que no veían la eficacia de otros caminos para enfrentar el ascenso del ejército y de las fuerzas trasnacionales hacia el control del Uruguay.

Apresado en 1970, y capturado de nuevo en 1972 después de una evasión espectacular del Penal de Punta Carretas, Raúl Sendic se convierte, con ocho de sus camaradas, en rehén de las fuerzas armadas después que éstas toman el poder en 1973.

En estos 12 años de cárcel la guerra contra él no se ha detenido. Torturado, aislado, castigado, agredido en su celda, indefenso, con una hernia inguinal no tratada, Raúl Sendic sigue entero intelectualmente, con una disciplina física que le ha permitido sobrevivir a condiciones inhumanas. Muy pocas quejas salen de su boca, y su reflexión, el estudio que jamás detuvo en la medida en que pudo procurarse libros, lo ha mantenido muy cerca de la resistencia social y de las preocupaciones sobre el futuro, de la voluntad de cambio del pueblo uruguayo y de otros grandes procesos de transformación en América Latina y en el mundo.

Raúl Sendic es una gran figura de esa generación que ha mantenido la continuidad de las ideas socialistas, ligándolas a las preocupaciones nuevas, a los nuevos espacios del movimiento de masas. Condenado por un tribunal militar a 45 años de prisión y medidas de excepción, él reflexiona, preparando su acción, sobre la organización del país que sucederá a estos militares.

Manual práctico de Economía

Raúl Sendic

*A mis hijos Raúl Fernando, Ramiro,
Jorge Raúl, Alberto y Carolina*

I. Otra concepción de la economía

El objetivo de la organización económica es la atribución de recursos escasos, estableciendo prioridades entre los posibles usos, para lograr una producción que asegure alimento, salud y el máximo desarrollo y bienestar posibles para cada uno de los integrantes de la población, para lo cual hay que buscar una distribución equitativa y el mínimo desperdicio.

Según esta definición, el máximo reparto o atomización del poder adquisitivo es un objetivo básico de la organización económica.

La economía de un país debe ser igual a la de una familia: los gastos de diversión del hijo mayor no pueden privar de alimentos al hijo menor.

Pero en escala de un país eso no es así en general, sino lo contrario. Las prioridades de consumo y producción son desviadas hacia capas privilegiadas. Y es este tipo de sistema que usualmente estudian los tratados de economía.

Se puede dividir el consumo en: a) de subsistencia (alimentos y medicamentos); b) necesario para el bienestar y c) no esencial o suntuario. Los dos primeros tienen un límite. En cambio, el consumo no esencial crece indefinidamente, pasando de un artí-

culo a otro. La frase "los recursos son limitados, las necesidades son ilimitadas", se puede precisar mejor así "los recursos son limitados, las necesidades también, el consumo suntuario es ilimitado".

Puesto que las prioridades, tanto de la producción como de la importación se deciden por el voto calificado "votos-pesos"¹ (lo que quiere la gente que tiene poder económico), la no atomización del poder adquisitivo acarrea una desviación de las prioridades. En cambio, la atomización generalmente trae consigo otro consumo, más acorde con la producción local. El objetivo de atender el bienestar de la gente puede implicar la ubicación de una empresa en un lugar donde su rendimiento no sea el máximo, pero que esa ubicación sea en cambio conveniente para asentar allí la población.

La necesidad de atribuir poder adquisitivo a toda la población, cambia el punto de partida de la economía: hay que mantener un número X de personas aptas para el trabajo y a sus familiares. X representa el número máximo de mano de obra y debe aprovecharse. Hay que realizar inversiones y mantener, al mismo tiempo, los servicios públicos y las personas no productivas. Este último gasto, más la remuneración de las X personas, es el costo mínimo de este aparato de producción. Hay que planear la producción con un costo mínimo y una mano de obra fijados de antemano.

En esta perspectiva, es útil concebir la economía como un edificio en el que para agregarle algo a la fachada no se puede quitar material a los cimientos; también verla como un organismo en el que debe haber un desarrollo armónico, múltiple y paralelo de sus partes.

II. Algunos conceptos usuales

1) Los dos sectores de la economía

El mercado, si bien abarca la mayor parte de la actividad económica, no la expresa toda. En el mercado está comprendida la producción comerciable de bienes y servicios, que se autofinancia con sus ventas. Pero hay otra actividad que no entra en él: la enseñanza, la salud, la defensa, etcétera. La producción vendible puede representar 80 por ciento del total, de la cual una parte es transferida para la remuneración del segundo sector, por vía de los impuestos, que equivalen a la entrega gratis de producción. El trabajo en el segundo sector también entra en el mercado, lo único que escapa a éste es la producción final. En realidad, con la máxima tecnología actual, la mano de obra para el primer sector puede ser abatida al 50 por ciento de la fuerza de trabajo (30 por ciento para bienes y 20 por ciento en los servicios).

Reducir toda la economía al mercado es menospreciar el factor humano en la producción, cuya importancia Schultz tasa en dos tercios a tres cuartos y ve los gastos en alimentación, salud y enseñanza como otras tantas inversiones productivas.

Es objetivo también de la economía el de proveer la alimentación y necesidades básicas de aquellos que, en el segundo sector, no venden su producto en el mercado.

2) Valor y escasez-necesidad

Los frutos y animales silvestres y minerales tienen un valor dado por su escasez-necesidad. En las manufacturas y otras producciones con mucha mano de obra se puede medir el valor por el tiempo promedio de trabajo necesario para su producción. Esto es así porque el trabajo es mayoritario en ellas y la fuerza de trabajo es otra mercancía. Con el agotamiento de algunas materias primas

en este fin del siglo XX, queda claro que el abatimiento de su precio por el bajo costo de la mano de obra era sólo producto del deterioro de los términos de intercambio y que la escasez-necesidad es mejor medida de valor para los países subdesarrollados.

Se supone que el tiempo de trabajo está en proporción con la escasez-necesidad, pero este supuesto falla en el caso de la superproducción. En general, la medida del tiempo de trabajo es adecuada para la industria, porque su participación en porcentaje en el PNB sigue sumisa a la de su mano de obra en la fuerza de trabajo total. Pero en el caso del petróleo, por ejemplo, estas dos curvas se divorcian, y su valor por escasez está más próximo de precio, muchísimas veces mayor que el costo de la mano de obra.

Además, desde que el operador ha sustituido al obrero estándar y aumentan los profesionales universitarios en la industria, a igual tiempo de trabajo hay distinto valor, siendo el más calificado el más escaso.

La unidad de tiempo de trabajo no es cuantificable en dinero (si se toma la productividad o el consumo en los países de la OCDE, son varias veces superiores a las de los países subdesarrollados)¹ la escasez es cuantificable, en relación a las necesidades. Un aumento de productividad abate la mano de obra necesaria y la escasez: hay mayor producción para igual trabajo, y menos escasez.

3) *No al globalismo*

El pensamiento económico tradicional está enfermo de globalismo. No solo esas “subas de renta per cápita” de los países que exportan mucho en base a los bajos salarios que practican (¿cómo se distribuye la renta per cápita si no es por los salarios?), pero también los propios grandes planes que adoptan los gobiernos. Es el caso de la reducción de impuestos para estimular el aumento de las inversiones o de la reducción de la circulación de moneda para reducir el consumo. Pero, ¿qué inversión, qué consumo y dónde?.

Porque existe una inversión indeseable, como un consumo deseable, o lo contrario; son garrotazos de ciego sobre la economía.

Pero muy adecuados al intento de manejarla por decretos.

4) Sinergismo

O contrapunto múltiple o iteración o retroalimentación mutua: forma parte de la inflación, del crecimiento, de la recesión. La evolución de una producción entra como factor en otras, creando en ellas una evolución en el mismo sentido y viceversa. A veces es necesario un factor externo para salir del circuito vicioso.

Para conocer en qué medida un aumento o disminución en un producto entra en otros –ya que no entra en igual proporción– se establece una tabla de *input-output*,² por cantidad física (volumen, peso) o bien, por precios. Por ejemplo, por cada dólar de *output* (precio final) en industria automovilística hay un *input* de costo de 0.085 en acero, 0.028 en caucho, etcétera, y 0.29 en valor agregado –salario y ganancia. Y por un dólar de acero 0.02 de carbón, 0.04 de hierro, 0.02 de electricidad, 0.33 de valor agregado. Una evolución en la siderurgia influye en 10 por ciento en el automóvil y 12 por ciento en la construcción (un aumento de precio, por ejemplo).

Pero no hay que incurrir en globalismo. Si disminuye la producción de tal fábrica de autos, queda afectada la producción de tal fábrica de acero, etcétera. Esto permite la planificación por “encadenamiento retrógrado”, que hoy se hace utilizando ordenadores, aun para distintas secciones de una fábrica, vale decir, cuánto de determinada producción se necesita para otra fabricación y cuándo. Partiendo del producto terminado, al que también se le fijó cuánto y cuándo. Se puede tomar cada uno de los 400 artículos de consumo familiar como este último eslabón, por ejemplo. Suponiendo que el consumo anual per cápita es de 110 kg de carne, 225 kg de leche, 65 kg de harina, etcétera, se puede determinar la distribución por día, y el encadenamiento retrógrado de sus *inputs*.

III. Los recursos humanos

Dentro de los recursos naturales de un país—clima, agua, suelo, topografía, vegetales, fauna— está el mayor o menor potencial económico humano. Es lo que quedó en Europa después que la Segunda Guerra destruyó todo: gente que sabía poner en marcha una producción de alta tecnología. Por esta razón el Plan Marshall de ayuda tuvo espectacular respuesta allí y no en otros lados.

Una inversión en maquinaria tiene diez años de vida; una inversión en la alimentación, la salud, la enseñanza fructifica durante cuarenta años.

Iniciativa individual y Plan

“De cada uno según su capacidad” no se refiere solamente a la capacidad intelectual o adquirida. También pueden variar las inclinaciones idiosincráticas que deben ser respetadas, porque el trabajo debe ser lo más voluntario y deseado posible. Algunas personas funcionan mejor en equipo y otras solas, lo que no quiere decir para sí. Un número creciente tendrá conciencia social del trabajo, pero no se puede asumir que esta es la motivación de todos, hasta que no se logre que sea así.

Muchas personas tienen proyectos de producción que pueden hacer avanzar la economía. El hombre, en general, hace proyectos, una parte de los cuales son económicos: algunos de consumo, otros más indefinidos, de ahorro por ejemplo, otros de producción. Ocurre frecuentemente en el capitalismo, que sobre la misma empresa familiar, el abuelo haga proyectos de producción (reinvierte ganancias), y el nieto los haga de consumo (gasta ganancias). Si se mata toda la iniciativa individual para producir, sólo quedan los proyectos de consumo.

Mucha gente está dispuesta a un sacrificio del consumo, a veces durante años con el objetivo de realizar sus proyectos de trabajo.

Es el caso de los estudiantes, de los agricultores que sacrifican su consumo para reinvertir y otros. Y no siempre con miras al lucro ulterior (no son mayoría los médicos que en los países subdesarrollados recuperan con lo que ganan los años de trabajo gratuito de sus estudios).

Un universitario presenta a la sociedad un hecho consumado: hay que darle trabajo en la profesión para la que estudió. Otros proyectos de trabajo o producción deben tener igual oportunidad porque nada de esto es antieconómico mientras no interfiera en los planes generales; incluso la posibilidad de obtener créditos para poder llevar adelante a sus expensas —o sea con limitación temporal del consumo— un proyecto de producción acorde con su vocación.

Las diferencias con la iniciativa privada capitalista son por lo menos dos. Una es que ofrece iniciativa de producción a todos, no sólo a los que tienen capital o propiedades para lograr crédito. Otra es que crea para la empresa socializada, o que se integra en el Plan general, o que no está reñida con él. O sea que permite la ramificación del Plan por la iniciativa individual o popular. Aquí hay que casar dos poderosos factores económicos, que no siempre son contrapuestos: aprovechar toda la riqueza en variedad, calidad y dinamismo que históricamente le ha dado la iniciativa privada a la economía, con las ventajas que ahora también ha mostrado el Plan para lograr grandes objetivos evitando el desperdicio y la desigualdad.

Esto se logra quitándole a la iniciativa privada sus aspectos negativos, como la tendencia en los países subdesarrollados a encauzarse en el comercio, que exige menor especialización, el peligro de que siembre el caos, la redundancia (de empresas) o la desigualdad social. Todo esto se corrige impidiendo el aprovechamiento privado de esta iniciativa y filtrándola para que no interfiera con el Plan. Pero éste es impotente como tal para captarla, porque aun el planificador más minucioso desconoce el potencial económico latente en cada individuo. La experiencia dice que el Plan es más adecuado para los grandes objetivos y la iniciativa individual y popular para los pequeños y medios.³

Creatividad e interés en la producción

Aparte de proyectos de trabajo y producción, hay una creatividad para inventar o innovar en la producción o en su organización, que puede permitir a veces dar un gran salto en la economía. Esto es reconocido hasta por las empresas capitalistas que organizan “tormentas cerebrales” entre empleados para captar iniciativas en esas discusiones colectivas. O los “círculos de calidad” en cada sección de fábrica en Japón, constituidos por grupos menores de doce personas, que discuten cómo organizar mejor el trabajo en su sector.

Toda esta creatividad tropieza con el bizarro lema del burócrata –y el profesional universitario no suele ir a la zaga en la frustración de iniciativas de otros– de que “lo que no se me ocurre a mí, no se le puede ocurrir a nadie”. Por lo tanto hay que encontrar vías especiales para que esa creatividad no se vea frustrada. En la fábrica, la célula es donde mejor pueden expresarse todos, más que la asamblea (los malos oradores también pueden tener mucha iniciativa). Pero estas células deben funcionar con un mecanismo de intercambio mutuo muy fluído de proposiciones para que tengan un panorama amplio.

La célula debería constituir la unidad de toda democracia. La asamblea, como el mítin, son didácticos y tienen el objetivo de enfervorizar. Cómo órgano resolutorio muestra en su haber grandes fechorías históricas, desde aquella de Atenas que decidió el asesinato de toda la población de Lesbos, a instancias de un demagogo, hasta las ejecuciones y contra-ejecuciones en que naufragó la Revolución Francesa. En la producción, la célula debe garantizar en general la iniciativa, alguna resolución y el control, pero la ejecución debe ser lo más individual posible.

Para captar los proyectos de trabajo y producción, así como la creatividad para la fabricación y organización sin trabas, o para decirlo mejor, para eludir el escollo burocrático, es conveniente desarrollar organismos dependientes de la enseñanza, que también contaría con un Instituto de Tecnología Aplicada, como existe

en varios países, para llevar adelante sus propias iniciativas. Se le agregarían facultades para autorizar créditos, etcétera, para la ejecución de estas iniciativas y también un control de calidad de los artículos para proteger al consumo.

Es un engaño creer que el incentivo económico es el motor de la economía capitalista, ya que aun en ella existen otras motivaciones. Se manifiesta una fuga de los trabajos tediosos y una búsqueda de los trabajos prestigiosos, por ejemplo, para lo cual el estudio y la especialización suelen ser la vía, así como esos proyectos de producción ya mencionados. Despojándolas de la posibilidad de lucrar a costa de otros, todas estas iniciativas de trabajo dinamizan la economía, mientras que el incentivo económico contenido en ellas no es distinto al del obrero por su salario.

Una de las formas en que el ser humano se realiza es automanteniéndose, de ahí el orgullo del joven o de la mujer por su primer salario. Hay trabajos que tienen otras compensaciones, el ver crecer sus plántos para el agricultor, la cura de un enfermo para el médico. Pero hay otros que no tienen más que la remuneración —aparte del sentido social del trabajo, que lo tienen todos. Es un buen índice que la gente trate de escapar de estos trabajos, aun a costa de una menor remuneración global.

Es el hombre, siempre persiguiendo sus proyectos y realizándose en sus obras, y es así que muchas personas que han vivido huyéndole al trabajo, terminan recibiendo una prescripción de laborterapia en el diván de un psicoanalista. Otros escapan al trabajo físico y terminan en el aerobismo o practicando ejercicios tediosos en un gimnasio.

Existe un trabajo sano, lleno de compensaciones que no hay tanta prisa en sustituir. Un ejemplo puede ser el que la tecnología aplicada a la agricultura no progrese, en los países subdesarrollados tanto como en los desarrollados, aunque también en ellos parece haberse detenido, y que se concrete en herramientas que transformen las tareas agobiadoras en otras más sanas y gimnásticas, sin suprimir la fuerza humana ayudada por elementos químicos, como fertilizantes, herbicidas y otros. Lo mismo es deseable para las tareas domésticas ya que el confort también

mata. En Suiza las defunciones por accidentes cardiovasculares ascendían a 18 por ciento en 1920 y se elevaron a 43 por ciento en 1978.

El objetivo no es transformar al hombre de actor en espectador, ni en un consumidor compulsivo desentendido de la producción. Y en tal sentido son necesarios no sólo sus proyectos, sino también los de la sociedad. Para que la sociedad cumpla con el objetivo "a cada uno según sus necesidades", es necesaria una mística de "economía de guerra", que será tanto más imprescindible cuanto más minoritarios sean los sectores desposeídos de bienes.⁴

Hay que reconocer que entre los proyectos por los cuales el hombre se realiza, son muchos los ligados al consumo y obtenibles con un trabajo mayor. Se debe destruir la mentalidad de lograr ingresos injustos explotando a otros, pero admitir que uno trabaje más que otro para realizar sus proyectos. La buena formulación de la consigna sería pues "a cada uno según sus necesidades básicas, cubiertas éstas, a cada uno según su trabajo".

IV. La tecnología

Se pueden diferenciar dos sectores con fronteras difusas, el que admite la sustitución masiva de mano de obra por máquinas, y el que no la admite (algunas oficinas, comercio, salud, enseñanza). Algunos sectores tales como la agricultura en el siglo XX, pasan del segundo al primero.

Tecnología y mano de obra

La sustitución de mano de obra por máquinas en la produc-

ción, baja su porcentaje en la fuerza de trabajo total y en igual proporción, su porcentaje en el producto nacional bruto. El aumento de productividad por trabajador acarrea un abaratamiento equivalente de la producción. Con la tecnología avanzada actual, el sector que admite la sustitución masiva de mano de obra —aproximadamente un tercio del total de la mano de obra en la fuerza de trabajo (industria, agricultura y servicios mecanizados)— representa aproximadamente un tercio del total de la mano de obra en la fuerza de trabajo.

El sector de los servicios que no admite la sustitución masiva de mano de obra, no entra en la espiral de aumento de la “productividad—baja de precios”, debido a su ineficacia tecnológica. Tiene así un aumento relativo en el porcentaje de la mano de obra y en el PNB (que es la suma de salarios y ganancias), y también un aumento absoluto porque: a) existen más servicios para la mayor producción del primer sector; b) se produce un aumento de la actividad del Estado y c) tiene una mayor elasticidad para admitir a empresas redundantes que aprovechan la poca tecnología y capital necesarios en este sector o la “utilidad de lugar” o de emplazamiento en el comercio. El pequeño comercio, a cierta distancia de los supermercados, sigue medrando.

No todos los servicios están en el segundo sector. El telefónico, por ejemplo, está en la última etapa de la mecanización, la automatización. La “redundancia remunerada” en los servicios se constata comparando un país capitalista con otro socialista de igual desarrollo: los servicios pasan de más del 60 por ciento en el primero al 20 por ciento en el segundo del PNB, aun teniendo en cuenta el aumento de las actividades del Estado en el último.

Históricamente, la producción en serie desencadenada por la revolución industrial trajo desocupación en el primer sector, muy minoritario, ya que la agricultura ocupaba entonces el segundo, tal como sucedió en los años 1820-1830 con los trabajadores textiles en Gran Bretaña. Esta producción colmó de artículos tradicionales al sector estático de la economía hasta llegar a la superproducción, que fue purgando estas empresas mediante crisis decenales. Y liberó al mismo tiempo poder adquisitivo mediante el abarata-

miento de productos de consumo, como ropas y otros. Al estar la producción tradicional colmada, se abrió un "vacío de oferta" de producción nueva, equivalente a su baja relativa en el PNB, que actuó como "llamador" para esa producción industrial. Fue un proceso de retroalimentación lenta, de aumento de la productividad-producción nueva, de creatividad lenta, porque necesita tiempo para desplegarse.

En una segunda etapa, gracias al intercambio mundial creado por el comercio y la colonización, la producción en serie invade a otros países, llevándoles la desocupación artesanal y paliándola en la metrópoli. En aquellas industrias textiles trabajan ahora más obreros que en anteriores épocas artesanales. Esta etapa fue larga en los países desarrollados en Occidente, que aún en 1979 usurpaban un 64 por ciento del comercio mundial (en 1970 su cuota era más abusiva aún, 69 por ciento). Pero seguramente no será tan prolongada para los nuevos países industrializados.

La tercera etapa es la industrialización de los países dependientes o colonizados, y la desocupación en las metrópolis —la desindustrialización de Europa Occidental desde 1970 a 1981 es estimada en menos 12 por ciento— moderada por una constante producción nueva como automóviles o electrónica. El porcentaje de la industria en su PNB y en mano de obra baja del 40 por ciento al 20-25 por ciento actual en los países más desarrollados.

La producción agraria sale del sector estático de la economía dos siglos después que la manufactura (las cosechadoras, los herbicidas, etcétera, desplazan miles de braceros) y pasa rápidamente de más de 60 por ciento de la mano de obra, en los países desarrollados, a cerca del 50 por ciento. También participa en ese porcentaje en el PNB, por la disminución de los precios, ya que es el último reducto de la libre competencia puesto que su producción se concentra en pocos meses de zafra y es perecedera. En Estados Unidos, en el sector de alimentos, los dos tercios del precio en promedio corresponden al comercio y los procesadores y un tercio a los productores agrícolas. La diferencia de la caída relativa del peso de la agricultura con respecto a la industria reside en parte en que no se producen en la agricultura artículos nuevos. Pero sí

se dan en el procesamiento industrial de la producción agrícola: 55 por ciento de los alimentos que se consumieron en 1967 en Estados Unidos no existían en 1957. Y porque la disminución de mano de obra en la agricultura genera su aumento en la industria. Siempre en Estados Unidos, en 1966 hay seis millones de trabajadores agrícolas y siete millones que trabaja en industrias para la agricultura y once millones más en el procesamiento y venta de artículos agrícolas.

Aunque ya hay fábricas robotizadas con cinco trabajadores por turno y producción en serie (o sea producción en serie sin mano de obra masiva), la concentración masiva sigue predominando en la industria. Pero en la agricultura y ganadería hay mucha producción en serie con trabajo casi familiar. Porque la tierra es como los robots, "trabaja sola", algo parecido a lo que pasa en la bio-industria.

Nuevas posibilidades

En síntesis, el comercio estuvo "llamando" desde la antigüedad a una mayor producción para el intercambio y, recién en la revolución industrial encuentra una respuesta acorde con la exigencia, cuando ya el comercio era mundial. La producción en serie de artículos tradicionales liberó poder adquisitivo, que a su vez "llamó" a una producción nueva que comenzó lentamente hasta desembocar en la afiebrada innovación actual. La producción nueva distribuye constantemente las cartas entre más jugadores, contrarrestando en parte la tendencia inversa que trae consigo la producción en serie, y así, de esta manera facilita la corriente circular: un intercambio entre dos artículos se colma antes que uno entre cuatro, y este antes que uno de muchos más. Incluso abre el campo a nuevas producciones provenientes de otros países, como es el caso de Japón.

El tamaño de las fábricas tiene un límite dictado por la economía. Por un lado la fábrica pequeña o media es más económica para una zona. Si es proporcional al mercado local, evita la emigración de trabajadores que ya tienen vivienda y una logística

local que hay que proteger, evitando así que vayan a la megalópolis, donde hay que desarrollar infraestructuras redundantes para ellos. Por otro lado, este tipo de fábrica es más ágil para los cambios tecnológicos. Es decir que la producción en serie con mano de obra masiva, principal conquista de la revolución industrial, no es la única vía. Ya hay una tecnología que permite una pequeña industria complementaria al nivel de la granja, como ya fue la textil en la época de los telares, o instalada en pequeños poblados, cosa que es importante para obtener la atomización del poder adquisitivo y la dispersión de la producción.

También hay tecnología que no está ligada a la producción, sino al transporte, distribución, comunicaciones, etcétera. Pero más importante es la tecnoestructuración (sistema hecho por técnicos para corregir la evolución espontánea) del propio comercio, transporte, salud, etcétera. En esta tarea son de gran ayuda los ordenadores con su enorme capacidad para manejar fárragos de datos. Algunos ejemplos: destino y capacidad vacante en diferentes medios de transporte, ficha médica de toda una población en pocos minutos. Incluso puede sustituir con ventajas el encuentro físico en el mercado reuniendo la oferta y la demanda al nivel del país.

La tecnoestructura, que aplican parcialmente todos los gobiernos en relación a la moneda, los bancos, etcétera, pueden hacer avanzar a un país más que ciertas costosas industrializaciones, si se aplica a toda la economía organizando los recursos naturales para quien los trabaja mejor, y los humanos en una adecuada división del trabajo reduciendo el desperdicio, la redundancia de la intermediación inútil, entre otras cosas. Por eso, el crecimiento mayor y más constante en los últimos treinta años es el obtenido por las economías socialistas planificadas, con un promedio de más de 7 por ciento anual, sobre 4 por ciento de Europa Occidental y Japón y 2 por ciento de Estados Unidos.

Algunas enseñanzas de la historia

- 1) Toda nueva posibilidad de intercambio, ya sea por comercio

o transporte que se relaciona con nuevos mercados, producto de la liberación o aumento del poder adquisitivo que desarrolle el mercado local, fomenta un crecimiento de la producción.

2) La división espontánea del trabajo es a veces anti-económica y necesita de la tecnoestructuración.

3) Pero la "redundancia remunerada" ha servido como un seguro encubierto -refugio de mano de obra desalojada por las máquinas entre otras- y no se puede quitar esa tabla a los naufragos sin ubicarlos en la producción o incluso el seguro, que a veces es menos oneroso porque ahorra instalaciones de comercio, etcétera.

4) La toma del control de toda la industria y de la agricultura en un país con la máxima tecnología actual, significaría solamente el control de un cuarto de la economía.

5) En el agro, la producción con mano de obra masiva es anterior a la revolución industrial, y ésta la disminuyó, al revés de lo que pasó con la industria. Sólo en algunos sectores se dio un proceso similar al de la producción artesanal-fabril. El advenimiento de la tecnología benefició casi por igual a la granja familiar en muchos sectores y a la gran explotación.

6) La distribución espontánea de la renta dejó total o parcialmente fuera de la corriente circular a un sector de la población. Es necesaria una tecnoestructura para corregir esta situación.

7) Si bien la producción nueva tuvo origen en la venta de más a los mismos (en lugar de vender lo mismo a más), contribuye al bienestar ya que el consumo no es estático, ayuda a establecer una corriente circular plena y abre camino a nuevas exportaciones, e impulsa la creatividad para la producción, que es un gran instrumento económico.

8) Ya hay una respuesta a la pregunta "¿se logra el pleno empleo con la máxima mecanización de la producción?". Esa respuesta es no. Puede haber un aumento temporal en los países subdesarrollados, o en uno que usurpa una cuota abusiva en el comercio mundial, pero con la tecnología actual se está bajando el porcentaje de empleo en la industria, la agricultura, el transporte, las comunicaciones.

9) Pero ya sabemos que una tecnificación de la producción permite abaratar toda la producción industrial necesaria para autoabastecerse al 20 por ciento del PNB, y la producción agrícola al 3 por ciento del mismo.

VI. Funcionamiento y organización de la economía

La corriente circular

El aparato de producción de bienes y servicios vendibles vuelca su producción en el mercado interno (las exportaciones se cambian por importaciones que se vuelcan en el mercado interno). El dinero de esa venta va a los trabajadores del aparato de producción y a los impuestos y con éstos el Estado paga a sus trabajadores y a los pensionistas. Y el dinero vuelve al aparato de producción por intermedio de las compras de todos ellos. Así que la corriente circular abarca a toda la economía, no sólo a la producción comerciable. Si se deja el libre juego, la corriente circular puede dejar afuera a un sector de la población. También puede sufrir interrupciones o averías, por ejemplo la superproducción por redundancia: demasiadas empresas en relación al mercado, que juegan a arruinarse mutuamente y en cierto modo lo consiguen. O el cese de una exportación —equivalente a una superproducción— que provoca despidos, y éstos provocan superproducción en otros productos, etcétera (es el contrapunto o retroalimentación mutua indefinida). Y así vemos “milagros” al revés: un país rico en crisis y desocupación en medio de la

abundancia, atorado por años a causa de su superproducción. Esto sería inconcebible en la economía de una familia, por ejemplo.

Es sólo una ruptura parcial de la corriente circular, pero esa avería no se arregla con parches o inversiones, si no se asegura el reciclaje o sea la corriente circular misma por una gigantesca tecnoestructura. Es lo que faltó en los planes keynesianos que ensayó Estados Unidos para salir de la crisis del '29. Desde 1932 a 1939, el New Deal combatió la desocupación con sucesivos planes de obras públicas, y en 1939 había 9,5 millones de desocupados aún. En un santiamén la guerra arregló todo. No sólo pleno empleo sino fuerza de trabajo —46 por ciento de la población— nunca vista. Y a pesar del servicio militar, la producción de bienes subió del 34 por ciento al 69 por ciento del PNB —en 1980 era de 32 por ciento— en desmedro de los servicios, lo que demuestra lo superfluo que son muchos de éstos.

La corriente circular restablecida oxigenó toda la economía, y no sólo la industria, más relacionada con la guerra. Entre 1937 y 1947, la agricultura creció 51 por ciento y la industria 28 por ciento. Keynes pretendió que era el triunfo de su plan, que anteriormente no habría sido aplicado a escala suficiente, pero ensayos posteriores demostraron que no era así. ¿Cuál es la diferencia entre un plan de Keynes y la economía de guerra? ¡La corriente circular! Los dólares de inversión keynesiana en obras públicas, luego de crear una burbuja de auge local, son capturados por el capital financiero, sea directamente por la financiación del plan, sea indirectamente por mayoristas, por el acelerador que constituyen los créditos para nueva inversión allí, atraída por el auge del consumo, etcétera. En período de recesión, todo el capital que puede hacerlo, se transforma en financiero, huyendo la inversión en la producción. Y esas inversiones y créditos mueren en esas células cerradas de capital especulativo, donde hoy están estancados los petrodólares y otros capitales fugitivos de la producción a nivel mundial.

De esta manera tenemos una actitud del capital que se repite en las grandes depresiones, la del '29 y la de hoy. En tiempo de recesión darle más capital al capital para "reindustrialización" es

inútil, porque no está en tesitura de invertir en la producción (experiencia Reagan)⁶. En cambio, en la economía de guerra se montó rápidamente una gigantesca tecnoestructura con una poderosa bomba de succión que restablece la corriente circular plena. Los impuestos se multiplicaron por nueve, más del 80 por ciento de ellos a la renta y, dentro de éstos, uno a esas ganancias excesivas que dio 25 por ciento del total y que después de la guerra se abolió. Además, una emisión de bonos 16 veces mayor, “bonos patrióticos” que se descontaban de los salarios, etcétera, aunque voluntarios –en Gran Bretaña fueron obligatorios– y también se recurrió a las cuentas bloqueadas y a los depósitos bancarios que no se podían retirar hasta después de la guerra. Otras limitaciones al consumo excesivo, y la emisión de dinero se incrementaron en 150 por ciento. Impuestos, bonos, cuentas bloqueadas, podaban el poder adquisitivo al nivel de consumo necesario. Y aun para éste había tecnoestructuras con fijación de precios, control y racionamiento de artículos escasos y subsidios a los de primera necesidad para no desalentar su producción con precios fijos. Con la emisión de dinero se repartieron cartas al que no las tenía, y con impuestos y otros medios se aseguraba el reciclaje. Así se cerró la corriente circular con toda la población adentro, por primera vez después de muchos años.

Un sistema similar de corriente circular plena con impuestos casi confiscatorios a la gran ganancia, es el de la socialdemocracia. Impuestos van al seguro y así se logra un alto nivel de consumo para toda la población (además de altos salarios, etcétera). ¿Y cómo una empresa capitalista prospera allí? Es que esos impuestos son como un seguro contra la superproducción y su secuela de baja de precios, que es entre otras la enfermedad contagiosa que mata miles de empresas en cada recesión, al ampliar y estabilizar el consumo.

La corriente circular no es ninguna abstracción. Para llegar a su “estructura fina” se puede aplicar la tabla *input-output*: para fabricar mil autos por mes, tanto de acero, tanto de caucho, etcétera y 29 por ciento de valor agregado. Todo lo que hay que hacer es transformar este valor agregado –salarios más ganancias–

en canastas por ejemplo, de 400 artículos de consumo promedio. Las ganancias son un excedente de canastas que se pueden usar para cambiar por trabajo en nuevo equipo, o prestarlas para el consumo, etcétera. Si hay una paralización en una fábrica por encadenamiento retrógrado, partiendo de insumos y artículos de las canastas, se puede determinar como afecta al resto de la producción. El hecho de que ese personaje del rol económico doble, el trabajador-consumidor, esté en toda producción y de que el consumo sea tan diversificado hace que cualquier cambio en una producción grave en casi toda la economía. El Seguro de Paro al mantener el segundo rol del trabajador, disminuye este impacto a unos pocos insumos.

Con medidas drásticas se puede restablecer la corriente circular rota, pero para que ésta sea manejable, hay que ir muy lejos en la sustitución de importaciones de artículos esenciales para canastas –ya que las importaciones están supeditadas a las exportaciones que no son manejables– tanto como lo permita la economía. Con la ventaja adicional que cuanto más producción nacional hay, más gente es incorporada a la corriente circular. El exceso de dependencia de la exportación-importación o crédito externo, puede romper la corriente circular hasta en un país socialista al trabarse las exportaciones. Tal vez sea el caso de Polonia. Para evitarlo conviene hacer por lo menos dos corrientes circulares aunque ambas pasen por los mismos individuos: una “de hierro” con artículos para necesidades básicas y que abarque toda la población, trabajadores y desocupados por igual, y otra de suntuo-consumo que a su vez sea divisible en dos: nacional e importado.

Algunas enseñanzas

Aun donde no se dio una planificación total de la economía adecuando la producción al consumo, se logró restablecer una corriente circular plena mediante una drástica tecnoestructura que incluye:

a) Confiscación de las grandes ganancias para repartir poder adquisitivo y atomización de este, o sea un ingreso global repar-

tido equitativamente entre más.

b) Emisión de dinero para ésto y reciclaje del mismo por impuestos, al mismo tiempo que restricción de otro medio de pago que sólo beneficia a propietarios y empresarios, el depósito a la vista (que después veremos).

c) Control del consumo con racionamiento de artículos escasos.

d) Control de precios.

e) El prejuicio que una gran emisión trae siempre inflación, no se confirma cuando hay control de precios. El aumento de emisión en Estados Unidos en 1939-42 fue de 50 por ciento y trajo aparejado un aumento de producción del 43 por ciento que atenuó la abundancia de moneda, pero la nueva emisión de 1942-46, otro 100 por ciento, no produjo gran aumento de producción porque ya había pleno empleo, pero no hubo inflación hasta 1946 en que se levantó el control de precios. Conclusión: en caso de emergencia la emisión puede ser instrumento para aumentar la producción cuando hay recursos desarrollables y para la atomización del poder adquisitivo, también si hay reciclaje.

La necesidad de correlatividad en la evolución económica

Todo aumento de productividad como el que trae la producción en serie necesita un aumento proporcional en el número de consumidores, es decir, mayor atomización del poder adquisitivo. Puede desarrollarse durante un corto trecho con mayor consumo de los mismos, pero nadie compra indefinidamente ropa, zapatos o alimentos. Como no hay relación entre el aumento de la productividad y el aumento del empleo, sino al revés, se necesita tecnoestructura para crearlo. La ignorancia de esta necesidad de correlatividad se ha pagado con crisis más o menos decenales y recesiones cada cuatro o cinco años, que purgan la superproducción con la quiebra de un alto porcentaje de empresas, mientras hay vastos sectores de la población que necesitan su producción y no pueden adquirirla. Es la paradoja de las dos crisis simultáneas e incommunicadas de superproducción e infraconsumo; cada una tiene la solución de la otra.

Históricamente hay dos paliativos para salvar la falta de correlatividad:

1) Crear una producción nueva. Para lograrla no es necesario aumentar el número de consumidores, sino ofrecer más variedad de artículos a los mismos. Este no es un factor económico secundario. Más de medio mundo, incluida América, fue descubierta desde Europa por costosas expediciones que buscaban condimentos para comidas o especias. Pero, ¿no había nada más prioritario en el siglo XV que los condimentos? Para el pueblo sí lo había, pero no para los que tenían el poder adquisitivo acaparado (nobleza, comerciantes, etcétera) que estaban saturados de artículos tradicionales. Se necesitaban artículos nuevos aunque más superfluos para sacarles dinero, al igual que hoy los ricos con su poder votopesos determinan lo que es prioritario en la producción e importación. Aquí se ve bien cómo la atomización del poder adquisitivo engendra otro consumo más acorde con la producción local de un país pobre.

2) El segundo recurso es una variante del primero: crear forzosamente una exportación suplementaria, por sobre la necesaria para cambiar por importación prescindible, para traer esos artículos nuevos que hoy abundan en el mundo. Porque en todo país desarrollado hay una desesperada búsqueda de innovación, aun con robo de tecnología, muchas de las cuales son las "especias del siglo XX". Y así una clase alta con más del 50 por ciento del consumo importado, sobre menos del 10 por ciento para el grueso de la población, hace una corriente circular con el extranjero donde muchas veces van bienes no excedentarios—porque hay subconsumo nacional de ellos— a cambio de artículos de suntuconsumo importados. Y como la exportación se logra con base en bajos salarios, hay restricción del poder adquisitivo de la mayoría para un suntuconsumo de la minoría. En 1980, el jornal medio en Alemania Occidental era de 55 dólares y en Corea del Sur de 5 dólares.

Las células de intercambio

Vimos que la tabla de *input-output* permite determinar qué sectores económicos están vinculados entre sí y en qué proporción. De esta forma se puede ver la economía como una corriente circular que arrastra pequeños remolinos: células de intercambio (que pueden pasar varias por un individuo). También vimos que estas células, aparte de unas pocas relaciones que puedan tener con otros sectores por los insumos, tienen una intrincada vinculación con la corriente circular a través del consumo personal. Y en el caso que mencionábamos de *suntuoconsumo* importado no acorde con la economía del país, es como si alguien, después de un intercambio en varias células locales tuviera un excedente debido a alguna ventaja abusiva en ellos y lo cambiara por esas importaciones. El “deterioro de los términos de intercambio” que siempre se invoca para el que realiza el Tercer Mundo con los países desarrollados, también se da en lo interno: campo-ciudad, etcétera y hasta entre individuos.

Estas células con un derrame fuera de la corriente circular, son una sangría constante para ella. Ya vimos que sangrías semejantes se pueden dar del campo a la ciudad. Agreguemos este ejemplo tan usual: un ganadero con cinco peones que vive en la ciudad y tiene 80 por ciento del consumo importado, vive casi sin “derrame” hacia su entorno rural empobrecido y hace célula de intercambio con la ciudad y el extranjero.

Veamos cómo crece una célula de intercambio local. La misma explotación de cinco peones con cien trabajadores y sus familias, crean una mayor atomización del ingreso que, a su vez, trae más consumo local y provoca el crecimiento de la logística potencial que hay en cada zona. Una producción localísima, con una mano de obra que no puede emigrar, recursos naturales, producciones como la leche, hortalizas, de difícil traslado, servicios, etcétera. Todo esto se desperdicia si no se da una célula de intercambio conectada a la corriente circular del mercado, como se ve en el ejemplo de los cinco y cien peones, o sea al número de trabajadores, a su remuneración y a que tengan o no a la familia con ellos,

porque la familia genera más consumo local.

Para incentivar este crecimiento de intercambio local se puede poner coto, prohibiendo el ingreso de similares, como un proteccionismo a artículos del lugar para consumo local. Esto no quiere decir que el intercambio con la corriente circular del país sea menor que antes. Más bien será mayor, pero de otros productos. Esto vale para cualquier nivel de proteccionismo. Las barreras comerciales de un país y el regionalismo no son dos cosas necesariamente reñidas. En realidad lo que importa en un país subdesarrollado queda irremisiblemente fijado por lo que pueda exportar, y esta exportación depende de su producción que a su vez puede depender de su protección. Así que el proteccionismo para una producción con prohibición de importar similares suele verse largamente compensado por la importación de otros productos, facilitada por el aumento de producción. Es el caso del Mercado Común Europeo visto globalmente. En general, toda célula de intercambio crece al conectarse con la corriente circular del país y ésta crece al conectarse con la del comercio regional y mundial.

Vimos que una corriente circular puede tener una sangría. También puede alimentar a otra con una transfusión de sangre continua. Tomemos este ejemplo de economías que la necesitan: los países desarrollados habían acordado una ayuda de 0.7 por ciento de su PNB para los países subdesarrollados (que no pasó del 0.35). Supongamos que se entregara en alimentos o dinero para comprarlos a través de la FAO. Y que esta paga a los desocupados de esos países subdesarrollados 80 por ciento de la ayuda en alimentos y 20 por ciento en dinero y les asignan trabajo. Los excedentes alimenticios de los países desarrollados van allí en forma gratuita o a precios bajos pero paulatinamente se utilizan más los locales mismos y tratando de favorecer a pequeños granjeros y comunidades agrarias locales. A la vez se crea escasez de alimentos a nivel mundial que incentiva la producción al dar firmeza a sus precios. La corriente circular de los países desarrollados, vuelca productos en la de los países subdesarrollados y crea una corriente circular en crecimiento para las necesidades básicas en ellos.

La producción

Decíamos que la economía es como un edificio y sus cimientos son la producción para las necesidades básicas y el equipo para ellas. O en su caso, obtenerlas por una exportación-importación que pueda resistir la prueba de la recesión y del desmantelamiento de la producción local por sectores más ricos que la sustituyan por importaciones, como sucedió en el llamado “efecto Venezuela”.⁷ Tiene que haber una mentalidad distinta, cambiar el “marco de referencia” para que sea más prestigioso producir y crear una mística para llenar tanto a canastas como a habitantes. Esta urgencia conducirá a la producción de corta maduración, de poco tiempo de gestación –como son casi todas las agrícolas– sea para el consumo, sea para la exportación. El Plan siempre abarcará la producción inmediata y la producción futura, pero en una primera etapa, un alto porcentaje de los recursos irá a la primera.

Ir creando miles de focos paralelos de producción con la tecnología más avanzada en comunicación y transporte. Después de asegurar la producción para las necesidades básicas, pasar a asegurar la corriente circular y el bienestar preguntándose ¿qué desea la gente? La respuesta orienta la producción y la importación en esta etapa. Todo artículo nuevo, suntuario o sustitutivo de las importaciones, amplía la corriente circular y da más bienestar. En esta etapa se pueden sustituir también impuestos: los desocupados subsidiados con impuestos pueden seguir en la corriente circular pero como productores.

Ante la inevitable escasez de equipos pueden haber otras *prioridades* además de las dichas: a) los equipos que den un aumento mayor de la producción; b) desarrollar una máxima eficiencia en las industrias madres; c) la producción con las materias primas nacionales y d) equipos menos amenazados de obsolescencia rápida.

Cuando la producción tiene un área, como el del agro, conviene jugar varias cartas, incluso alguna industrialización posible allí.

Para la dispersión industrial en zonas es conveniente dotarla

de una logística que la equipare a la que tienen en la gran urbe, un lugar en el mercado de esta y en su caso, un coló que le brótele

VII. Política monetaria y deuda externa

La moneda

El papel moneda de curso forzoso, sustitutivo de moneda de oro y plata, es una tecnoestructura. Al principio la sustitución fue cautelosa, permitiendo la conversión en oro. Pronto se comprobó que esa cautela era innecesaria: basta la conversión en los otros artículos del mercado. Pero igualmente se mantuvo su respaldo en oro o divisas como prueba de solvencia del banco emisor. Pero la desmitificación siguió: por un lado nadie averigua el respaldo para aceptar una moneda; por otro, esta se valoriza y desvaloriza independientemente del respaldo. En 1981 justo cuando Estados Unidos vendía parte de su respaldo de oro, el dólar subió por el aumento del interés. La moneda internacional además se cotiza por la producción que se puede comprar con ella aunque no sea del país emisor, como es el caso del petróleo, o por su uso como reserva. En lo nacional la moneda se cotiza por la escasez-necesidad como toda mercancía. La necesidad es provocada por el curso forzoso. Una dificultad para lograr la debida escasez en países capitalistas, es que no es el único medio de pago, también los cheques contra depósitos o créditos a la vista lo son. Esta es la cuenta corriente que dan los bancos a personas solventes aunque no hayan hecho un depósito previo de dinero. Equivale a una emisión temporaria, pero en conjunto puede ser mayor que la

emisión de dinero. Cuatro veces mayor en Estados Unidos en 1966. Su origen fue eludir un impuesto a la emisión que antes hacían los bancos particulares.

Depósitos a la vista más circulante da M_1 , que se toma como el total de los medios de pago. Así que el control de los medios de pago se hace: a) por la emisión del Banco Central; b) indirectamente para depósitos a la vista obligando a los bancos a aumentar o disminuir la reserva en dinero, entre 10 y 20 por ciento más o menos. El que con diez de depósito real se pueda prestar por cien se hace por compensación estadística entre los que retiran y depositan. Como se ve, este medio de pago es muy elástico: el dinero real es, supongamos, diez y el préstamo fluctúa entre noventa y cero. Es imprevisible ya que depende de la demanda de créditos y esta condición apenas cambia con el cambio de porcentaje de reserva que decreta el Estado. Y es usufructuado sólo por los que tienen bienes para garantizar el préstamo, que así se transforman en coemisores de medios de pago.

Otros equivalentes menores a la emisión son: a) la inversión o préstamo extranjero. Una inversión extranjera trae su *know how*⁸ para la producción y divisas para introducir equipo, pero en lo que respecta a su gasto nacional podría ser sustituida por una emisión con ventaja. Es como una emisión temporaria e ingreso de divisas que es seguida por una restricción de moneda y pérdida de divisas, cuando se repatría el capital y las ganancias, más que compensatorias; b) el presupuesto con déficit financiado con crédito bancario; c) la compra a plazo o consumo a crédito y d) el aumento de la velocidad de circulación por menos ahorro (desconfianza en la moneda, etcétera) Los dos últimos se dan sobre todo en el proceso de inflación y sirven para atizarla. A pesar de toda esta desprolijidad y desmitificación, la moneda sigue incólume como medio de pago. Pero es ilusorio manipular toda la economía con ella, sobre todo siendo tan elástica e impredecible en su monto —fracaso del monetarismo— además de que es sólo un instrumento, no el único ni el principal.

La moneda se cotiza por la escasez y necesidad. La escasez se logra poniéndole límite a su emisión. ¿Cuál? Se dice en general que

debe ser proporcional a la cantidad de transacciones. Podemos ir más lejos: cuatro transacciones sucesivas por un peso se pueden hacer con un peso que se recicla, pero si son simultáneas, se necesitan cuatro pesos. Y estas transacciones son proporcionales al número de personas con poder de intercambio (con poder adquisitivo o producción para él). Si aumenta este número la emisión debe aumentar, por ejemplo si hay más trabajadores o pensionistas que antes. Y por otro lado, la cantidad (volumen) en transacciones es proporcional a la producción vendible. La emisión debe aumentar con ésta, aun de una estación a otra del año. Y por último, más igualdad en el poder adquisitivo permite más intercambio en cada transacción: a más igualdad más emisión. Así que la emisión debe aumentar con el número de personas con poder adquisitivo, con la mayor igualdad de poder adquisitivo entre ellas y con la producción en el mercado.

En general M_1 representa alrededor de un cuarto del PNB. ¿Qué pasa si la emisión no se sujeta a estas pautas? Si es menor, traba la corriente circular. Si es mayor, puede provocar inflación por exceso de moneda. Pero esto es contrarrestable como hemos visto; lo peor es que la demanda para el consumo supere lo que permita la economía o sea la producción posible, y, aún con precios controlados se cree una puja por adelantarse a comprar y obligue al racionamiento de muchos o de todos los artículos. Y con todo ya vimos que en caso de emergencia, con control y racionamiento se puede duplicar impunemente la emisión siempre que se asegure su reciclaje, en medio de una mística de austeridad que se da en "economía de guerra" y se puede lograr un crecimiento vertical. De esto se extrae que además de las tres funciones clásicas de la moneda (medida de valor, instrumento de cambio y ahorro) se puede dar una cuarta: instrumento para forzar una producción en aumento siempre que se combine con otros.

¿Puede servir para encauzar el consumo hacia lo que la economía puede dar? También. Un ejemplo es la tecnoestructura en los cambios de moneda que hizo México en 1982, que creó dos divisas —o sea dos monedas— una para turismo y equivalentes a setenta pesos el dólar y otra para equipo y otras necesidades a cincuenta

pesos. En el proceso de desmitificación de la moneda, esto se puede trasladar a la moneda interna emitiendo una segunda moneda más escasa para suntuoconsumo importado, para consumo indeseable (así éste no compite con alimentos sino con suntuarios) y para intercambio internacional. Y la vieja moneda más abundante para lo que abunda o se desea incentivar. Así puede haber restricción y expansión de moneda simultáneos, según el artículo y no se recurre a los palos de ciego de la restricción monetaria total cuando hay sectores que pueden servir a un consumo igual o mayor si se les permite expandirse.

¿Puede la moneda ser un instrumento para lograr un mayor ahorro? También. En el caso de las dos monedas permitiendo la conversión de la abundante a la escasa al cabo de un tiempo en cuentas bloqueadas. Y además la escasa como toda moneda fuerte, tenderá a ser atesorada.

Otra función de la moneda es la de instrumento para la atomización del poder adquisitivo, siempre que se añada un mecanismo de reciclaje, ya que a mayor atomización del poder adquisitivo corresponde más cantidad de moneda.

Si se crea una moneda por emisión o por crédito para la inversión en la producción vendible, el mecanismo de reciclaje tiene dos etapas. La primera es un impuesto para reinvertir el dinero en el período de gestación, cuando las empresas en maduración sólo compran. En la segunda, va bajando el impuesto a esas empresas que se autofinancian con la venta de su producción. Un ejemplo gigante de lo dicho es el Plan Marshall en 1948 y siguientes: con emisión o crédito equivalente, se financian compras de Europa a Estados Unidos para su reconstrucción. Se recicló con impuestos en Estados Unidos. Lograda la reconstrucción, cesan la ayuda y el impuesto, con un saldo de crecimiento incluso para la economía que soportó este último.

Hay muchos desocupados en el Tercer Mundo que están pidiendo un Plan Marshall a condición que también sea gratuito, porque la discriminación en favor de Europa y algunos países de Asia ahondó el abismo entre la riqueza y la pobreza.

Moneda de frontera o cambios

También es una tecnoestructura pero mayor. Un país sin moneda internacional, lejos de crear una necesidad, como la del curso forzoso en lo interno, crea menos necesidad de su propia moneda al vender su producción en moneda extranjera. Sólo se da alguna demanda de la suya por el turismo, que cambia con las estaciones o una inversión extranjera. Si se deja flotar esa demanda provoca inestabilidad. Y cuando hay poca demanda, hay una baja que implica más moneda nacional por moneda extranjera, abundancia de moneda nacional en el exterior y nueva baja y así sucesivamente. Es decir que la demanda externa no es pauta de su valor, como no lo es la de trineos allí donde no hay nieve. Y al igual que en lo interno, en lo externo el oro no es más respaldo que cualquier otro artículo que realmente se puede comprar con ella.

La tecnoestructura que fija cambios debe buscar: a) que no haya exceso de moneda nacional en el exterior; b) que el cambio no tergiverse la "paridad de poder adquisitivo" en los artículos esenciales de importación (ejemplo: la cantidad de toneladas de carne por un tractor), aunque para eso haya que hacer dos tipos de cambio: uno para artículos esenciales de importación más bajo, y otro más alto para los no esenciales, trasladando al suntuario toda la diferencia de inflación interna respecto a la externa. Todo país que quiere dar bienestar a su población tiene una inflación obligada por salarios más altos y Seguro Social. Por lo tanto debe tecnoestructurar sus cambios para proteger su producción de la competencia de los países que no los tienen.⁹

Uso indeseable del dinero

Vimos que los intercambios con ventaja abusiva para una de las partes, pueden engendrar un consumo no acorde con esa economía. Pero también pueden volcar su excedente en el capital financiero donde se suele lograr un segundo intercambio ventajoso, como es el caso de los petrodólares en la banca internacional. Este proceso puede provocar también una inflación que, como

dice A. Lewis, no solo genera un traslado gigante de dinero al sector propietario y empresarial –dueños de los precios podemos agregar– sino que se puede generar más ahorro, contra lo que se cree habitualmente, ya que el grueso de la población transforma el dinero en bienes pero los ricos, que manejan más dinero que el otro sector, lo invierten. Y, entre otras formas, en préstamos a ese consumo afiebrado, obteniendo una segunda ganancia. Los bancos privados son el vehículo.

A ellos va también otro ahorro proveniente del deterioro de los términos de intercambio, pero el uso que le dan no es muchas veces muy sano económicamente. Aun en el caso de que presten este dinero depositado para producir, suelen aumentar la desigualdad: entre los individuos, al dar más al que tiene más por una razón de garantía; entre las zonas, al sacar ahorro de zonas menos dinámicas para llevarlo a las más desarrolladas (relaciones campo-ciudad); y entre las producciones, restándole recursos a la producción para las necesidades básicas para emplearlos en otras más rentables pero menos esenciales.

La inflación en general, no significa menos inversión en la producción e incluso ha sido usada para financiar inversiones en la industria pesada (en la URSS en la década del '30, con una inflación del 700 por ciento). Pero esto tiene un límite cuando es para financiar la producción para el consumo y hay una gran diferencia entre el aumento de precios y el aumento de salarios; el consumo después de gastar los últimos cartuchos en un desesperado consumo a crédito, se retrae violentamente. En ese caso ya nadie invierte en la producción, lo que genera la recesión. Y la inflación se mantiene por los altos intereses ya que todo el mundo (empresas, consumidores, Estado) manotean la tabla de salvación del crédito, y las fábricas trabajan al 30 por ciento de su capacidad, es la estanflación.

Endeudamiento y deuda externa

Aquí empiezan las quiebras y los mismos bancos ven peligrar sus ganancias, pero no pueden hacer nada. Al contrario, el aumen-

to del riesgo (muchos créditos incobrables) le da otro empuje a la tasa de interés. Se llega a la etapa de las refinanciaciones que han esclavizado a toda la economía hasta llevarla a una vía muerta. Este es el panorama hoy en muchos países y en el mundo. El hecho desencadenante de esta catástrofe es el pasaje de dinero a capital especulativo que, como decíamos, puede darse sin inflación, por otro deterioro de los términos de intercambio (caso de la OPEP-resto del mundo) o porque no conviene la inversión en la producción, o por ingreso de capital exterior atraído por más altos intereses, etcétera.

Pero, ¿cuál es la esencia de este suicidio en masa del capital? Porque aquí no hay nada que no se haya venido haciendo impunemente antes. Veamos si la crisis del '29 nos da algún elemento para comprender. También en ella hubo un pasaje súbito de la inversión en la producción a capital especulativo, que en un momento se concentró en las acciones de la Bolsa de Nueva York, donde obtuvo rápidas ganancias. Sin que nada lo justificara—porque las empresas estaban entrando en receso— las acciones empezaron a subir porque el capital especulativo y bancario compraba gran número a cien y a la semana, cuando todo el mundo compraba, vendían a doscientos y las acciones se desplomaban. “Todo el mundo” son los pequeños ahorristas que en Estados Unidos acostumbran a comprar acciones de sociedades anónimas. Es el llamado capitalismo del pueblo, veinte millones de personas en 1966. También participaron en el juego de la bolsa en 1929 y perdieron todos sus ahorros. Este juego duró unos meses y cuando se vino abajo, no sólo arrastró a millones de ahorristas sino a las empresas al cortarles sus fuentes de recursos, las acciones y gran parte del consumo para su producción. Y a su vez la quiebra de empresas arrastró la de muchos bancos.

Ya tenemos la ruptura de un sector de la corriente circular que por “encadenamiento retrógrado” se fue propagando a otros; la corriente circular rota que duró hasta la Segunda Guerra Mundial. De esta manera disponemos de algo común en ambas crisis dentro de lo dispar que aparecen: el pasaje súbito de capital productivo a especulativo, el rápido crecimiento de éste colocando en la insol-

vencia un vasto sector de la economía, y retroalimentando la especulación y la ruptura de muchas partes de la corriente circular. En la variante actual, donde la especulación adoptó un aspecto tan inocente como el del crédito bancario, también ayudó a romper la necesaria correlación entre la producción y el poder adquisitivo del que hablábamos. Para que esto no se cumpla, tanto el préstamo a la producción como el consumo tienen límites muy precisos. Y además deben ser coordinados.

El préstamo a la producción no puede llegar tan lejos que su pago impida la reinversión. Es lo que decíamos del colono agrícola, pero acentuado en el caso de la industria porque el promedio de vida de un equipo industrial es de diez años. Por ejemplo, los países de nueva industrialización que abusaron del crédito mundial ahora no pueden renovar su parque industrial porque el dinero necesario para obtenerlo, va a la cuota de pago de la deuda externa y, a su vez, los productores de máquinas sofisticadas de la OCDE sufren esta pérdida de demanda y entran en crisis, que se agrega a la anterior de industrias tradicionales, acero, textiles y otras, que ya comentamos.

Por otro lado los préstamos simultáneos a la producción y al consumo en esa escala, motivados por la gran cantidad de dinero disponible en los bancos, son contradictorios. El préstamo para la producción, da más producción futura y el préstamo al consumo provoca más consumo inmediato seguido por la disminución del consumo futuro y global. La disminución del consumo futuro es igual a la amortización más el interés y la del consumo global, es igual al interés pagado. Con el agravante de que en los países subdesarrollados ese auge de consumo inicial es casi todo de consumo importado, lo que aumenta la deuda externa. O sea que el aumento de producción que estimularon los préstamos que le fueron destinados, tropezó con un consumo en retroceso. Y que una parte creciente del dinero destinado a la compra de productos, ahora va como pago a los bancos.

Aquí se ve el capital financiero, que se creó con el despojo del poder adquisitivo de la población, aun cuando aparenta devolverlo en parte como en el caso de los créditos al consumo; en realidad

está haciendo una nueva quita del poder adquisitivo. Y así llegamos a la médula de su rol en la crisis. Estas son de superproducción. Pero la superproducción se da porque no hay un crecimiento acompasado del poder adquisitivo al crecimiento de la producción, provocando el divorcio total entre la oferta y la demanda y precipitando la conocida reacción en cadena.

En 1929, la crisis de superproducción ya existía antes del despojo de ahorristas y demás sectores. La actual es una crisis de superproducción industrial que empieza en 1965 y que fue capeando con laboriosas tecnoestructuras sobre la producción y sobre el poder adquisitivo. Los seguros sociales obran como pequeñas venitas por donde la corriente económica circula penosamente; en 1929 esas venitas se cortaron por completo. En los años '80, ya no es una crisis de capitalismo sino de las tecnoestructuras capitalistas. El hecho que de la del '29 se salió por un forzado reparto del poder adquisitivo obligado por la guerra, está diciendo claro de que no es la producción industrial o los "excedentes" agrícolas lo que sobra, sino el poder adquisitivo el que falta y que hay que obrar sobre él.

Es obvio que el Tercer Mundo no podrá pagar su deuda externa, largamente mayor al medio billón de dólares¹⁰. Y si lo hiciera no estaría ayudando al enfermo sino a la enfermedad al dar otro reciclaje al capital especulativo, que sigue creciendo a despecho de las moratorias. La banca suiza en 1977: 190.000 millones de dólares; en 1982, 310.000 millones. En realidad ese dinero ya no se corresponde con la producción actual en el mercado; si se librara a su función normal, en un momento dado, equivaldría a una emisión descomunal. El préstamo normal es una privación de consumo del que lo da compensada por un mayor consumo proporcional del que lo recibe. Nada parecido sucede con los petrodólares y demás: cuando se atesoraron en bancos, hubo una baja de demanda mundial con el consiguiente derrumbe de los medios de producción, así que ya no hay producción en el mercado correspondiente a ese dinero. Tal el caso de los eurodólares, en que los países europeos se quejaban de que no podían controlar su circulante por los bancos centrales, puesto que ya había un segun-

do poder emisor en estos bancos particulares.

Si la moratoria obligada del Tercer Mundo provoca la quiebra de la banca privada internacional, no se derrumba por eso la economía mundial. Es solo que el capital acumulado por años de intercambio privilegiado, en precios u otras formas de imperialismo económico, en uno de sus reciclajes en préstamos, se ha vuelto irrecuperable por insolvencia de los deudores de hoy, que son los expoliados de siempre. Pero la producción sofisticada de la OCDE seguirá presente y su necesidad para el Tercer Mundo sigue existiendo. Y para los mismos países de la OCDE es cada día más claro que lo que reciben los capitales especulativos –que ahora ni siquiera pueden considerar solo suyos porque hay muchos petrodólares en ellos– por cuotas de pagos de sus préstamos, es lo que están restando de compras a sus industrias. Y ya hay muchos de ellos que piensan que un Plan Marshall para el Tercer Mundo levantaría también las economías de los países de la OCDE, como el original levantó la de Estados Unidos.

VIII. Orientación del consumo y del ahorro

Es importante que el “marco de referencia” que la gente tenga, sea conforme a la riqueza o pobreza de su país. Ghandi decía que no se trata de multiplicar las necesidades hasta el infinito, sino de aislar las esenciales y solucionarlas. Nyereré se queja de la imitación de las casas de cemento de los países desarrollados, cuando existen materiales mejores 100 por ciento locales para Tanzania. En general, el tomar como referencia a los ricos para vestir y demás consumo, ha costado mucho a las economías pobres. También el turismo en estos países como es el caso de Túnez, Egipto y otros,

impide crear un marco de referencia propio. La propaganda va en el mismo sentido como la distinción unida al cigarrillo. Aún las economías ricas pagan caro los "signos de estatus"; en plena suba del petróleo lo era en Estados Unidos el auto grande. Recién en 1979 se produjo un brusco cambio de estilo pero trajo una crisis en la industria del automóvil local en beneficio de la de Japón y Europa. Todos estos son ejemplos de consumo irracional determinados por ese marco de referencia estructurado alrededor de aquello que la gente cree prestigioso.

La concientización debe cambiar todos esos marcos de referencia, pero para ello es necesario que haya igualdad en el consumo, porque en ese cuadro la gente toma como referencia lo que se permite todo el mundo: si es la motocicleta se conforma con ella, si es el automóvil, no se conforma con la motocicleta. La igualdad en el consumo suntuario no es que todos tengan lo mismo, sino es hacer un lote equivalente del que cada uno elige lo que prefiere. Todo ésto se refiere al consumo no esencial porque el otro es socialmente deseable.

De la alimentación, por ejemplo, depende el potencial humano de un país. Un niño nace con todas sus neuronas cerebrales pero las prolongaciones de estas deben recubrirse de una sustancia llamada mielina antes de los cuatro años. Si no hay alimentos suficientes para formar mielina, las neuronas se atrofian y los niños desnutridos pierden hasta un cuarto de sus neuronas cerebrales. Además para formar antes del nacimiento las 11.000 millones de neuronas que tiene una persona normal, debe haber una buena alimentación de la madre, así que todo el potencial humano se logra por lo menos con dos generaciones de buena alimentación. Las supuestas razas inferiores recibieron mala alimentación durante siglos y los sectores de ellas que han salido de esa situación, están demostrando cuanto potencial desperdiciado había en ellas.

Dentro del suntuoconsumo se debe tender a sustituir el importado por el suntuoconsumo nacional: turismo interno, espectáculos de arte, etcétera. Y además fomentar el suntuoconsumo que enriquece la vida. O sea que debe haber una creatividad también

para el consumo, tan al alcance de todo el pueblo como lo están la música y cosas equivalentes, que sustituya en parte al importado. Hay que estar en guardia contra el consumo compulsivo (neurótico) que no da satisfacción y al que no se le puede dar libre juego porque hace gran daño a la economía sin beneficio para nadie. Hay otro que crea dependencia y es insalubre, que hay que tolerar pero recargándolo en su precio en la misma proporción que ese consumo —alcohol, tabaco, etcétera— recarga al servicio de salud pública.

No se trata solo de desprestigiar el estilo de vida prematuramente rumboso que nos lleva a imitar a los ricos, los propagandistas o los turistas, sino que hay que ver que ni siquiera ellos encuentran satisfacción en el alto consumo y sustituirlo por otro estilo. Hay que recordar que la tendencia a acumular bienes no es una constante en la historia del hombre. Hay una vieja austeridad y orgullo de la sobriedad que predominó por siglos en América, Africa y partes de Asia, cuando ya el Cercano Oriente y Europa estaban ganados por la codicia. Y que uno y otro estilo fueron compatibles con grandes civilizaciones entendiendo por tales también aquellas que lograron grandes valores morales.

Tal vez algo de ese desdén por los bienes materiales sea lo que algunos economistas llaman “la baja valoración del ingreso con respecto al ocio” en Africa. En el Amazonas, allí donde el indio no ha sufrido la invasión de sus recursos naturales que necesita para subsistir, este comportamiento se ve mejor: aún conociendo los “beneficios” de la civilización hay un orgulloso desprecio por los artefactos de esta y una preferencia por la vida austera, aunque con muchas gratificaciones que no hay en las nuestras. Y no precisamente de ocio porque la caza con arco y flecha requiere mucho esfuerzo y entrenamiento. Una creatividad para el consumo debe rescatar lo mejor de este estilo y lo mejor de la civilización y no aceptar ciegamente todo lo que esta nos quiere imponer. Algo así como hace el trabajador rural, heredero de aquella vieja austeridad: en su modesta vivienda los bancos siguen colgados de las paredes cuando no se usan, pero adoptó ávidamente la radio a transistor y el polietileno de múltiple utilidad.

Es en ese sentido que hay que separar el suntuoconsumo que

enriquece la vida del que no. Hay que reconocer que el automóvil o la embarcación devuelven al hombre comprimido de la gran ciudad, un poco de la aventura y amplitud de paisaje que tenía el hombre primitivo o el hombre a caballo. Razón de más para dar acceso equitativo a todos estos bienes. Pero la creatividad para el consumo puede ir mucho más lejos en ese sentido y con medios más económicos. Las pautas están dadas: el hombre es un ser que hace proyectos, algunos relacionados con artículos de consumo, como instrumentos musicales, espectáculos artísticos, vivienda, etcétera. El hombre además siente nostalgia por la vida de aventuras y contacto con la naturaleza. Es esta clase de consumo que da verdadera satisfacción.

Para manejar equitativamente este consumo así como el de los esenciales cuando son escasos, podemos citar algunos instrumentos: a) racionamiento; b) control por lo que se ofrece en el mercado y c) por los precios, abaratando el deseable a costa del encarecimiento del indeseable. Incluso un mismo artículo, como la carne, puede tener dos precios, uno para la necesidad básica y otro para consumo extra. Porque no es bueno que los artículos alimenticios bajen mucho, ya que esto liberaría poder adquisitivo para suntuoconsumo y desvalorizaría la producción para las necesidades básicas; d) por impuestos (tabaco por ejemplo); e) por una segunda moneda, ya explicada, o pago de parte del salario con bonos para suntuoconsumo y consumo insalubre.

También se puede lograr la restricción del consumo en algunos artículos con una mística de economía de guerra a crear, sea una zona a colonizar o en un país.

Toda restricción en el consumo es igual a ahorro, pero no hay que caer en globalismo, hay que determinar qué consumo, como el de combustible para ahorro de divisas. Incluso un consumo puede significar ahorro en otro: colocar a un sector de la población en etapa de dotarse de infraestructura, como vivienda, puede evitar que gaste su excedente en suntuoconsumo importado.

IX. Precios, inflación y seguros sociales

El precio concierne solo al sector de la producción comerciable. El precio de un artículo se podría medir en una primera aproximación por la cantidad de otras mercaderías por las cuales se cambia o valor relativo en la escasez-necesidad de cada uno. Como hay un trueque o permuta múltiples, se toma la moneda como intermediario y se tasa con ella. Una segunda aproximación es el valor relativo más la cuota de este artículo en impuesto, o sea en pago de factores no vendibles, seguros, etcétera. Así que en el precio va: costo de la materia prima y amortización de inversiones más remuneración del trabajo y ganancias, más cuota en producción no vendible y seguro (impuestos).

Así en un teórico país que diera seguro pleno, si el primer sumando es constante, lo que se libera del segundo pasa al tercero, y el precio medio nacional sería fijo aunque aumente la productividad (menos trabajo para igual producción). Y ese precio medio sólo sería abaratable por una tecnología que haga disminuir la escasez, una materia prima o un recurso natural, tal como un fertilizante que equivalga a la duplicación de la tierra.

Como la remuneración del trabajo y del capital invertido puede ser elástica hay todavía una tercera aproximación: el precio depende también de la ubicación y poderío económico del que vende y del que compra esa producción. Hay algunos que son más "dueños de los precios" que otros (comercio al por mayor por su poderío y al por menor por su ubicación por ejemplo), siendo el agro, como vimos, el que tiene menos dominio sobre ellos generalmente. El poderío puede venir del concierto de grandes empresas (Bolsa de Metales y otras materias primas en Londres), o de los países como los de la OPEP u otros oligopolios que resulten del acuerdo expreso o tácito. En general la libre competencia se mantiene en la producción muy atomizada y el oligopolio es mayoritario, abarcando a veces incluso el pequeño comercio,

peluquerías, etcétera. El acuerdo de las grandes empresas suele ser para competir en otros terrenos pero no en los precios.

La inflación

Todo cambio de un precio entra en otro como *input*, de acuerdo a la tabla *input-output*, o sea en distinta pero predecible proporción. Así, aun en sistema de trueque, sin moneda, podría haber inflación. Hay tres alternativas para el que recibe un aumento en sus costos: a) aumentar proporcionalmente; b) aumento superior al proporcional y c) reducción de consumo y no aumentar, o aumentar menos que la proporción. Si es más dueño de los precios hace lo segundo, si lo es menos, hace lo último.

El traslado del aumento se da por sinergismo, o contrapunto, o retroalimentación mutua ya mencionados. Aquí es donde los menos dueños de los precios como los agricultores, sufren otro deterioro de los términos del intercambio. Lo mismo para los salarios, rezagados en el aumento en meses. El salario es también un precio, el del trabajo que es *input* en todos los artículos, pero no es tan ágil como los otros precios: no hay “espiral precio-salario” sino un contrapunto múltiple de todos los otros precios con aumentos repetidos de cada uno antes del aumento de salarios, que al ser *input* de todos les da otro empuje general. Vista la “estructura fina” de la inflación, la pregunta no es por qué sigue, sino por qué se habría de detener un proceso así que se retroalimenta mutuamente en forma indefinida.

De hecho, en Latinoamérica hay cinco o seis años de inflación mayor al 50 por ciento antes de bajar al 30 o 20 por ciento. Es que la cantidad fija de moneda, o una restricción de ésta, hace que la inflación se remanse en los menos dueños de los precios que tienen que privarse de algún consumo, en general de artículos prescindibles (suntuarios del pueblo). Hay que anotar que a veces los dueños de los precios son los menos productivos —como las multinacionales— que hacen la intermediación mundial, comercio, bancos para tasa de interés y otros.

¿Qué desata esta secuela de aumentos encadenados que es la

inflación? Entre otros motivos: a) los costos de una materia prima como el petróleo; b) la causa llamada "estructural": una empresa domina el mercado y puede subir sus precios porque tiene exceso de demanda, otras empresas tienen que subir por exceso de capital fijo respecto a la producción (por ejemplo, por trabajo al 50 por ciento de su capacidad); c) redundancia remunerada: igual al segundo caso anterior todos trabajan por debajo de su capacidad; d) por exceso de moneda. Pero hay que ver que aun con restricción monetaria puede haber exceso de demanda sobre un artículo de primera necesidad a costa de una disminución de la demanda sobre un artículo de segunda necesidad. En general, hay una inflación anual progresiva del 2 a 3 por ciento inevitable en un país que aumenta seguros y bienestar de su población.

La inflación de precios e intereses de los últimos años fue un trasiego brutal de riqueza a favor de los dueños de los precios entre los cuales está el capital financiero.¹¹

Los precios en un país con seguro social pleno

Como el PNB es la suma de salarios y ganancias, incluidas en ésta la propiedad, empresas e intereses, un país podría bajarlo al 50 por ciento si se incorporara y aplicara la máxima tecnología, llegando a que con 30 por ciento de la fuerza de trabajo pueda producir todos los bienes necesarios y con otro 20 por ciento, todos los servicios. Y como el PNB para un sector, como la industria, la agricultura, baja al nivel del porcentaje de mano de obra, lo mismo tendría que suceder con el total, y con el precio de su exportación, por ejemplo. ¿Por qué no se da esto? ¿Por qué el adelanto está en el aumento del PNB y no al revés como pasa en el agro? ¿Por qué la desocupación tecnológica que hay en muchos países hoy es vista como un atraso y no como un adelanto? Aquí surge nítidamente el carácter dual de la economía. El poder adquisitivo debe crecer acompasado al crecimiento de la producción; un adelanto sólo en el segundo no es económico. Aun quienes no buscan justicia social han tenido que acatar esta ley para paliar las crisis periódicas.

En un país capitalista hay dos fuerzas contradictorias. Una es

la de las empresas que pugnan por más eficiencia, liberando mano de obra. La otra es la de todos los individuos, a veces socorridos por el Estado, para lograr más poder adquisitivo. Y así los "liberados" por la eficiencia de las empresas se infiltran a veces caóticamente en la producción redundante, buscando los sectores donde es más fácil agregar "uno más", como en el comercio. Puesto que el aumento de producción global se calcula dividiendo el PNB por el número de trabajadores, la redundancia provoca menos crecimiento de productividad del que cabría esperar por el gran aumento de la mecanización. En Estados Unidos, a mediados de los años '60, el aumento anual de la productividad era de 3.3 por ciento, y a mediados de los años '70, el aumento era del 1.2 por ciento. El empleo añadido, desde 1969 a 1976, en los servicios, fue del 90 por ciento. Es mejor el caso en que esa mano de obra sobrante va a una producción nueva.

La proeza de los tecnoestructuradores de una economía es la de reducir al máximo esta ineficiencia dentro del aparato de producción, que malogra ampliamente la eficiencia lograda al nivel de empresa, sin dejar de ver la función de seguro encubierto que ella tiene. Lo que significa otra forma de compatibilidad entre ambas fuerzas: una máxima eficiencia en las empresas con una tecnología que rebaje los costos y una reubicación más económica para la mano de obra liberada, en servicios públicos tales como la enseñanza, en obras públicas, etcétera. Y al mismo tiempo que permita un seguro pleno para la salud y alimentación y la máxima atomización del poder adquisitivo. Con un sistema así, el seguro social pleno en el que todos tienen poder adquisitivo, no hay posibilidades de competir con economías que no lo tienen, en exportaciones, por lo cual la producción nacional necesita proteccionismo.

Los impuestos para gastos públicos y las cargas sociales gravitan en los precios. Se considera una ventaja para la industria japonesa que ese país sólo tenga 1 por ciento del PNB de gastos militares frente al 10 por ciento de Estados Unidos. Aun el impuesto sobre las ventas influye en el precio porque la ganancia se busca adecuando los precios para mantener determinado margen des-

pués de haber deducido el impuesto que suele ser entre 30 y 40 por ciento de esta ganancia. En promedio, en 1980 los países de la OCDE tienen un 31 por ciento de sus PNB de impuestos, pero hay que recordar que estos gravámenes, que recaen sobre la producción comerciable, castigan a los sectores en proporción a sus ingresos. Y como ya vimos, el ingreso de la industria y el agro, que generan comúnmente la producción exportable, es más o menos la mitad del resto de la producción de bienes y servicios.

Por otro lado, los precios suben al subir los salarios. En el caso de los países de la OCDE por la fuerza de los sindicatos y por los gobiernos progresistas, pero también por una necesidad del mercado que ofrece una cantidad y variedad de artículos que no es posible en otros países con sólo 5 al 10 por ciento de la población con alto consumo. Al desplazamiento de mano de obra para una producción nueva de que hablábamos hay que agregar la gran cuota de exportación, más del 60 por ciento del comercio mundial, que les da acceso a la más variada producción que hay en el mundo. Es así que la canasta familiar en esos países incluye tres veces más artículos usuales que la de los países subdesarrollados. Ya vimos que el jornal promedio en 1980 era diez veces mayor en Alemania Occidental que en Corea del Sur. Un niño en los países desarrollados tiene un consumo promedio cuatro veces mayor que uno de países subdesarrollados, y en el curso de toda su vida, que es más larga, el consumo es treinta veces mayor. Pero así como el grueso de los impuestos no recae sobre la producción de exportación, el mayor componente en esta producción no son en general, los salarios, y de esta manera la diferencia de precios internacional no es tanta entre países que dan altos salarios y tienen mucho gasto público, con los que no.

El aumento de productividad permite una baja de los precios, pero esta baja tiene dos limitaciones. La primera es que la mano de obra que libera, si va a un seguro o a un empleo del Estado, recarga los impuestos, y si va a una producción nueva, o exportable que es equivalente, recarga los salarios porque son más artículos en la canasta. La segunda limitación es que la parte en materias primas y en recursos naturales que se rige por la escasez-necesidad no es

abatible por el aumento de la productividad que disminuye la mano de obra. Sólo sería fabricar petróleo a partir del carbón, o como los fertilizantes que equivalen a multiplicar la superficie del terreno. De ahí que los países de la OCDE buscan continuamente abatir los precios de las materias primas importadas a su costo de mano de obra, aunque salvo el petróleo, el 90 por ciento de éstas existen en esos países. Lo han conseguido en algunos casos como el del cobre. En realidad, la suba del petróleo, más por la creación de un oligopolio como la OPEP que por su escasez extrema, fue tardía porque permitió a unos pocos países ricos dilapidar un recurso mundial.

El PNB es la suma de los ingresos, o poder adquisitivo, todas las personas que venden su producción entendiendo por tal también el trabajo asalariado. La baja de precios de un artículo por aumento de la productividad puede traer una baja en aquéllos en que entra como *input* pero no de otros donde entre como producción final como es el caso del trabajo (salarios, etcétera). Sólo libera en este caso poder adquisitivo creando un vacío de oferta. Esto es así porque esa fuerza que pugna por más poder adquisitivo, a que nos referíamos, llamada también “pugna por la renta”, provoca ese “comportamiento aritmético de precios y salarios” de que habla Keynes, los cuales son elásticos solo para la suba, como ya lo vimos en relación a la inflación. Además, el aumento de productividad que libera mano de obra no provoca una caída global del PNB salvo cuando esa mano de obra queda desocupada, porque los “liberados” venden su trabajo desde otro sector de la economía.

Como vemos,dejado a su libre juego, el muy económico aumento de productividad en las empresas paradójicamente suele crear una muy anti-económica división del trabajo, la elemental y vieja ley de economía, con mucha redundancia al nivel de aparato de producción. Es ahí que se da toda esa producción de bienes y servicios superfluos forzando esa multiplicación hasta el infinito de las “necesidades” que decía Ghandi y que incluye propagandistas y esos curiosos “productores” que tratan de vender a la gente lo que esta nunca soñó comprar. Pero el PNB no

denuncia esta producción anti-económica. Hasta un consumo suicida importado y a crédito, como se ha dado recientemente en varios países, se refleja en un optimista aumento del PNB.¹². Además habla de su poder adquisitivo pero no de cómo está distribuido y ahí tenemos la otra gran paradoja de los aumentos de renta per cápita logrados en base a bajos salarios para favorecer la exportación. Y es aquí donde la planificación debe crear una eficiente división del trabajo y una equitativa división del poder adquisitivo.

X. El crecimiento

Tiene que ser acompasado a la producción y al poder adquisitivo. Ya vimos algunos elementos para el crecimiento: mística de la producción, formación de cuadros para producir, creatividad para la producción, orientación del consumo (ahorro cualificado), inversión y tecnoestructura para ese crecimiento acompasado de producción y poder adquisitivo (para su consumo respectivo).

Históricamente la relación inversión-crecimiento anual ha sido de 4 a 1 a 3 a 1. Por ejemplo, una inversión del 12 por ciento del PNB que aumenta de 3 o 4 por ciento la producción. Con sacrificio de la población, del aumento del poder adquisitivo se logra que esta inversión sea hecha en favor de las empresas de infraestructura. Ha habido crecimiento récord centrado en la industria pesada con inversión de alrededor del 30 por ciento del PNB en Japón antes de 1913, en la URSS en plena depresión mundial desde 1930 al 39. La experiencia china de inversión de más del 30 por ciento (36 por ciento en el Plan de 1978) parece que no fue buena y la redujeron al 25 por ciento más o menos (tener en

cuenta que entre 5 y 19 por ciento del PNB en inversión va a la reposición de equipo). A veces hay una inversión alta y no hay crecimiento, hay otros factores que entran en juego.

Antes de verlos, ¿cómo obtener ese 20-25 por ciento de ahorro para la inversión?. ¿Cómo hacerlo compatible con el aumento acompasado del consumo de esa producción que crece? En el supuesto en que venimos trabajando de máximo reparto del poder adquisitivo, ¿cómo aumentar el consumo para necesidades básicas y poder por ejemplo el suntuoconsumo importado?. Un crecimiento en la industria pesada es más fácil porque restringe todo consumo, pero aun en este caso, tiene que preservar cierto consumo y restringir otro, a la vez.

Aun partiendo de economías con muy dispar poder adquisitivo como la de Estados Unidos y Gran Bretaña en la Segunda Guerra Mundial, vimos que se pudo lograr. Estos países tienen moneda internacional pero hay otros con menos tabúes en moneda que podrían tener otros recursos. Por ejemplo, poder a ras todo poder adquisitivo al nivel de las necesidades básicas y cambiar de moneda: la antigua quedando en cuentas bloqueadas por el tiempo que dure la restricción de consumo y un ingreso estándar para toda la población con la moneda nueva deducibles de los depósitos para los que los tienen. Para el consumo extra y para acompañarse a una producción en aumento, cheques sobre cuentas bloqueadas pagaderos con nueva moneda. También el recurso a las dos monedas explicado antes, va en ese sentido.

Así se logra sin aumentar el circulante más atomización del poder adquisitivo, más mano de obra para más producción y aumento del consumo de acuerdo a las necesidades básicas con disminución del consumo global, que provoca el ahorro para la inversión. Más usual es la emisión de dinero con reciclaje, para invertir, ya que la inflación que acarrearía, si es inversión de corta maduración como la agrícola, se neutraliza con la mayor producción que crea (Lewis). Ya vimos que hay una emisión necesaria al darse más atomización del poder adquisitivo o un aumento de la producción. También se puede dar un consumo a crédito en período de gestación, por ejemplo en una zona.

Pero calando más hondo, vemos que como más o menos un tercio del ingreso total en un país capitalista va a la ganancia y, a su vez, más o menos otro tercio va a los impuestos y se puede extraer de esto más del 20 por ciento del PNB para inversión (una parte de los impuestos va a la inversión también), sin afectar el consumo. Además hay una riqueza improductiva que se puede transformar en inversión. Durante decenios, un pequeño sector de la población se ha venido apropiando de parte del trabajo nacional y dilapidándolo en suntuoconsumo no acorde con esa economía. Casi todo se ha perdido irreversiblemente. Pero hay un pequeño saldo rescatable, aparte de los depósitos bancarios: varias casas para especulación, vivienda y automóviles de lujo, etcétera. Expropiados y vendidos en cuotas a trabajadores con excedentes de poder de compra significa la captura de este para la inversión o sea que transforma un gasto suntuario en una inversión en la producción. Incluso el cambio de destino de esos edificios, afectándolos a la producción, equivale a una inversión.

Por otro lado hay mucha empresa redundante o superflua, ejemplo en el comercio, cuya sola reubicación más económica puede aumentar la productividad global, si es necesario manteniendo su dinero en cuentas bloqueadas hasta que haga la transformación.

En el capítulo sobre la “corriente circular” ya vimos como organizar la atomización del poder adquisitivo que además evita que el crecimiento termine en crisis de sobre-producción.

En resumen:

Repasemos lo dicho sobre el factor humano en el crecimiento. Este necesita una mentalidad, una mística igual a la de la economía de guerra, un marco de referencia, una formación para la producción y el máximo aprovechamiento de la creatividad para la producción y la organización. Una mística para aceptar una restricción temporaria de cierto consumo, aportes voluntarios como bonos contra la pobreza y el esfuerzo en sí de producir. El cambio del marco de referencia para que lo prestigioso sea producir, más

que medrar en la intermediación, pero sin abandonar el realismo, no fingir creer que todos lo ven así antes de lograrlo. De cada uno según sus motivaciones actuales. En los centros de enseñanza cierto *know how* para la producción. Dar una idea general de como hacer fabricaciones accesibles que despierte vocaciones. El "saber hacer" en la alta tecnología es lo que quedó en Europa después de la Segunda Guerra Mundial y que los países subdesarrollados deben crear con mucha mayor dificultad (también con becas, etcétera).

Hay que soltar sin miedo esa fuerza económica que es la creatividad para la producción y la organización, dotándola de un mecanismo para expresarse y destacando los aportes con retribuciones simples y gratificantes como pasajes libres en el transporte o alojamiento gratuito en hoteles, etcétera.

También en esta guerra contra la pobreza se puede crear una mística internacional. Hay muchos profesionales universitarios, jubilados de grandes industrias, etcétera, en los países desarrollados que estarían dispuestos a trasladar y transmitir su experiencia en esta lucha. Y oficialmente esos países pueden transmitir una tecnología apropiada, como pequeñas fábricas rurales, herramientas que ahorren combustible donde sobre la mano de obra y otras.

No se trata de cualquier crecimiento sino de uno que no represente un riesgo de superproducción, que distribuya medios de producción por zonas y que sea compatible con una mayor atomización del poder adquisitivo. Para lo primero, se pueden clasificar los medios de producción entre los que encierran el riesgo de superproducción, y que hay que controlar porque la superproducción provoca más atraso que el no-crecimiento; los que admiten un trecho de crecimiento y no más, y los que admiten un crecimiento ilimitado en esta etapa.

Para llegar a una distribución por zonas, organización del pulpo que reúna logística, equipo, asesoramiento y comercialización con una filial en cada zona y total dominio del mercado a través de ordenadores y los medios de comunicación más modernos. La condición es que haya una producción potencial en esas

zonas, que pueda ser de recursos naturales pero también de mano de obra asentada y una logística para ella. Ya vimos que la producción "exportable" de cada zona debe ocupar mucha mano de obra, la conveniencia de asentar familias, etcétera. El objetivo de dispersión en zonas coincide con la necesidad de los países subdesarrollados de crecer sobre sus recursos naturales, por su penuria de máquinas para otra producción. Para ellos es mejor que haya muchas empresas paralelas que pocas grandes. El pulpo para el interior del país puede ser para producción múltiple, pero en la ciudad es tal vez mejor que sea específico. Lo importante es que asegure un intercambio permanente y firme, que es lo que no se logra con los trabajos de obras públicas en las zonas.

Recordemos también las prioridades para la producción de sustitución de importaciones, tratadas más arriba.

Además en todo país subdesarrollado hay una *intelligentzia* desperdiciada y subestimada. Se la puede aprovechar para una alta tecnología aunque haya que importar *know how* como en el Japón en los años '70, pero trazándose pocos objetivos precisos, al nivel del país.

Hay que tener en cuenta que por pobre que sea un país, hay dos cosas que puede dar su población: un turismo interno de acuerdo a sus recursos naturales, y música y espectáculos de acuerdo a sus artistas.

Sea a nivel de una zona, de un país o del mundo, el crecimiento en la producción debe ser acompasado con un mayor reparto del poder adquisitivo.

Llamadas

- 1 La teoría del valor esbozada por Ricardo y perfeccionada por Marx lo define por el “tiempo de trabajo socialmente necesario” para elaborar una mercancía. Esto implica que la tierra, por ejemplo, no tiene ningún valor. Por esto, con muchas dudas sobre el tema, he preferido agregarle el elemento “escasez-necesidad” que en el lenguaje comercial puede traducirse por “oferta-demanda”, sin renunciar a la definición marxista.
- 2 *Input-output* puede traducirse aproximadamente por “insumo-producto”.
- 3 La perestroika soviética ha dado grandes pasos, a partir de sus inicios en 1985, para descentralizar la iniciativa del Plan Central a las empresas, e incluso fomentando la pequeña empresa privada en talleres, servicios y aun en el campo sobre la base de tierras arrendadas. En general la experiencia en los países socialistas ha sido rica en la organización de un socialismo centralizado en el estado o el manejo de la pequeña propiedad privada, pero no tanto en una verdadera organización socializada, autogestionaria, participativa y coordinada. Hay que recordar que tanto Marx como Lenin hablaron de una desaparición paulatina del estado.
- 4 Cuanto menor es el sector hambreado es más difícil crear la conciencia necesaria para reflotarlo, sin una mística de empresa nacional.
- 5 Bio-industria. Por ejemplo la fabricación de alimentos para animales por el trabajo de hongos, levaduras o bacterias a partir de una

- materia prima, como puede ser el petróleo.
- 6 Experiencia Reagan. A pesar de la ley de 1981 que bajó el impuesto sobre los depósitos de ahorro, el sector privado de Estados Unidos, que entre 1960 y 1980 había tenido un ahorro promedio del 7,4 por ciento del PNB, lo bajó al 2,8 por ciento entre 1981 y 1986. Lo mismo sucedió con la inversión productiva privada.
- 7 "Efecto-Venezuela". Con el aumento en los precios del petróleo en 1973 y 1979, hubo un flujo grande de divisas a este país. La clase privilegiada las aprovechó para sustituir mucha mercadería que antes consumía comprando en el mercado local, por importaciones. Esto provocó, en medio de esa prosperidad efímera, un desmantelamiento de la industria local y sobre todo de la agricultura local, con el consiguiente aumento de los barrios marginados en las ciudades.
- 8 *Know how*: saber hacer, conocimiento para manejar una tecnología.
- 9 Por eso la CEE y EEUU establecen restricciones a importaciones cuando estas compiten con su producción nacional, que es más cara.
- 10 En 1989 ya alcanza al billón y cuarto de dólares la deuda externa del Tercer Mundo.
- 11 Sobre paliativos para inflación, experimentados con éxito en países capitalistas, ver capítulo sexto (Funcionamiento y organización de la economía).
- 12 Esto se da en EEUU donde la deuda pública (generada por la emisión de títulos que compran predominantemente los inversores japoneses, destinada a enjugar el déficit creado por la rebaja de impuestos), asciende a dos billones y cuarto de dólares. Y la deuda externa fluctúa en los 150 mil millones de dólares, o sea que es la mayor del mundo. Esto demuestra que este país ha estado gozando un nivel de vida y de gasto público muy por encima de sus medios, en toda esta década.

Desde el imperio hacia la nueva sociedad

*David Barkin**

Nuestra reflexión colectiva sobre el trabajo de Raúl Sendic resultó provechosa y estimulante, pues lo valioso de su ensayo es justamente su provocación a una renovada discusión entre muchos grupos sobre temas que deben preocupar a todos los que nos dedicamos a imaginar, a buscar, o a forjar el futuro. Lo más sobresaliente es su ilimitada fe en sus compatriotas, en la capacidad de la base para organizarse, para reconstruir su vida material después de la toma del poder y la creación de una organización económica y política diferente de las que prevalecen en la actualidad. Una segunda característica de su mensaje es la comprensión de lo esencial en la reorientación de la estructura productiva para la solución de las necesidades básicas de la población: la "ley de hierro" de la transformación, que, según un economista de la región, se caracteriza por

la convergencia dinámica del uso de recursos y las necesidades (sociales) es una precondition específica a los requerimientos de vencer el subdesarrollo, el reducido tamaño de un país, y la dominación de relaciones neocoloniales en la economía internacional.¹

¿Es el imperialismo un tigre de papel?

Como norteamericano, el ensayo de Raúl Sendic me estimuló a reflexionar nuevamente sobre el papel del imperialismo en América Latina, retomando algunas de las lecciones que se hicieron evidentes hace quince o veinte años durante la guerra en Vietnam. La retrospectiva nos permite confirmar la confianza

que expresó el primer secretario del Partido Comunista de Indochina en 1970, respecto a la aportación que harían las fuerzas antimperialistas dentro del imperio para reforzar las luchas nacionales, al menos en aquel momento histórico. En ocasión del cuadragésimo aniversario de su Partido, expresó claramente la aportación de las fuerzas progresistas dentro de los Estados Unidos y en Europa tendientes a erosionar la capacidad de sus fuerzas armadas en la lucha contra los vietnamitas.²

En 1984 estas remembranzas podrían parecer escapes nostálgicos, frente al poderío norteamericano que en el plano económico aparenta ejercerse con mayor fuerza que nunca. La abrumadora carga deudora está anclando a los países latinoamericanos al sistema capitalista de mercados y de producción, convirtiendo a sus aparatos productivos en meros apéndices de la sociedad de consumo, alejándolos progresivamente de la posibilidad de satisfacer las necesidades básicas de su población con recursos propios. Pero debemos tener presente que la fuerza del dólar en mercados mundiales se debe, en parte, a la incapacidad de Washington de controlar su propio presupuesto federal y a los enormes flujos clandestinos de capital extraídos del Tercer Mundo por los grupos dominantes y depositados en aquel país como seguro para el día en que la represión y la desigualdad dejen de reinar sobre los pueblos.

El dólar y el sistema de cuya espina dorsal es la médula, no son tan potentes como aparentan. En el actual esquema internacional, requieren de los recursos naturales del Tercer Mundo, de su mano de obra barata, de nuevos mercados para la colocación y producción de grandes proporciones de los bienes básicos que constituyen el *American style of life*, medio importante para garantizar la tranquilidad social en el centro del imperio. La nueva estructura del mercado mundial permite a los capitalistas mejorar el estándar de vida de los obreros en los países centrales y ampliar sus mercados, sustituyendo por productos manufacturados los bienes tradicionales de consumo en crecientes segmentos de la población del Tercer Mundo. Esta expansión se hace conjuntamente con la imposición de nuevos patrones de consumo, aun cuando la

mayoría de los pueblos de América Latina están experimentando un deterioro sustancial en sus niveles absolutos de vida, como consecuencia de las políticas de austeridad impuestas por la comunidad financiera internacional.³

El imperio no está en condiciones de mantener una sustracción sistemática de recursos naturales y humanos, mercados e instalaciones productivas. Todo lo contrario, el capitalismo se sigue expandiendo geográficamente en busca de mayores alternativas de desarrollo. La amenaza de las revoluciones de liberación nacional y consecuentemente, de las estrategias de mayor autosuficiencia nacional, es la de retirar de la esfera capitalista sus recursos, mercados e instalaciones. No es el "socialismo" o "comunismo" lo que espanta tanto al mundo capitalista, como así lo demuestra su creciente capacidad de colaborar con estados socialistas en el comercio, co-inversiones, u otros planos. Más bien, lo que le preocupa son los esfuerzos "revolucionarios" de recanalizar los recursos hacia la satisfacción de necesidades nacionales, para el consumo masivo de la población.

Como veremos más adelante, la ejecución de tales estrategias les afectaría en la medida en que habría grupos sociales que dejarían de contribuir a la generación de ganancias corporativas mundiales mediante la producción y/o consumo de productos transformados por estas empresas. Tales estrategias son realmente alarmantes porque plantean las determinantes sociales y políticas respecto de las necesidades básicas de la población y su resolución implicaría un reordenamiento productivo y un sistema de distribución para garantizar un acceso igualitario a todos los productos esenciales. Es decir, que sustituirían a los procesos políticos y sociales manejados en aras de un mayor bienestar colectivo, por mercados controlados por las empresas.

El imperialismo ha impuesto costos reales sobre Latinoamérica y el ensayo de Sendic nos ofrece una óptica alternativa para entenderlos mejor. Esto es importante, ya que la confusión sembrada por los medios informativos y las declaraciones de los múltiples gobiernos comprometidos con el proyecto internacional de reordenamiento productivo, nos harían pensar que la única

solución a la crisis actual es mediante el sacrificio material de las masas y la producción destinada a los mercados internacionales. Aunque Sendic no trata el tema directamente, dirige nuestra atención hacia los costos fundamentales en términos de la erosión de la capacidad para abastecer las necesidades fundamentales del abandono de sistemas tradicionales de producción, sin ofrecer alternativas a los recursos naturales y humanos desocupados en el proceso. El reordenamiento económico enfatiza la racionalización de la producción para la exportación y la disciplina salarial, provocando mayor dependencia alimentaria y desempleo, mientras que exige niveles de vida inferiores.

Los cambios en la economía mundial están funcionando en el corto plazo para fortalecer a las sociedades imperiales. Gozan de una creciente corriente de capitales originados por la gran deuda acumulada en el Tercer Mundo y las fugas masivas de recursos provocadas por la estabilidad económica y política subyacente. El agudizamiento de la política prepotente de Estados Unidos y su postura guerrerista contra el socialismo, han exacerbado la carrera armamentista, empeorada aún más por los conflictos regionales, creando una sensación de prosperidad y una época de altas tasas de crecimiento económico.

Pero el sistema imperial encuadra a sus propias contradicciones. La aparente fuerza de Estados Unidos es engañadora:

los americanos tienen razón en preocuparse de su competitividad en los mercados mundiales. El déficit en la balanza de pagos de Estados Unidos está superando a los 120 mil millones de dólares. Representa la pérdida de tres millones de puestos de trabajo en el país, trabajos que existirían si las exportaciones igualaran a las importaciones. Para financiar este déficit, América tiene que pedir prestado de ultramar, y al ritmo actual América se habrá, a mediados de 1985, convertido en país deudor deudor... por primera vez desde la Primera Guerra Mundial. Como en los casos de México y Brasil, los pagos por intereses sobre la deuda externa están comiendo una parte creciente de los recursos

que, de otra manera, podrían ser aprovechados por los americanos.⁴

Aunado a su debilidad en los mercados internacionales, son los conflictos internos los que minan al país. El grupo dominante está tratando de hacer resurgir el "complejo militar-industrial", la base de la prosperidad económica, a expensas de las condiciones socio-económicas de grupos minoritarios y desprotegidos. En pleno apogeo reaganiano y frente a la consolidación de fuerzas internas de oposición, el presidente imperial se ve obligado a prometer no proseguir en sus planes de recortes en los presupuestos de seguro social y jubilaciones.

Pero la debilidad no sólo es interna. En el plano internacional algunas fuerzas opositoras están perfeccionando sus capacidades de rebeldía y lucha para consolidar sus posiciones. En América Latina está todavía por verse el costo que se puede imponer a Estados Unidos por su participación militar represiva en Centroamérica.

Sendic nos incita a reubicar al imperialismo. Sin profundizar el tema nos induce a reflexionar sobre sus alcances. El imperialismo está actuando con mayor fuerza ahora que hace unos años, pero las posibilidades y las fuerzas objetivas de oposición, contención y alternativa, también están en proceso de consolidación.

La economía de transición

El punto medular del trabajo de Sendic es su visión de la transformación de la sociedad en la cual identifica lúcidamente la necesidad de movilizar los recursos ociosos propios de la organización capitalista. Estos recursos incluyen a los naturales, los conocimientos técnicos y sobre todo, a la población. Esta movilización requiere romper los nexos autárquicos de productores y bancos individuales con la comunidad financiera internacional, centralizando control sobre los flujos de capital y organizando el comercio internacional también de manera provechosa para el país en su conjunto.

Una persona con la trayectoria de Sendic no podría ser acusado de ingenuidad con respecto a las dificultades de establecer las precondiciones necesarias para implementar esta transformación. De hecho, su encarcelamiento se debe precisamente a las dificultades de la lucha. Se puede pensar que la motivación para redactar las notas que aquí comentamos, es su búsqueda de una congruencia entre el proceso de lucha para liberarse de la opresión, junto a la estrategia de transición que debería implementarse después de la victoria armada. La conciencia de la necesidad de informar y educar al pueblo sobre las modificaciones económicas, es evidentemente, parte de la labor del activista en la lucha preparatoria. Al respecto, los debates que cobran y cobraron fuerza en otros países involucrados en tales procesos, muestran la importancia de esta reflexión: Cuba pasó por difíciles años de sacrificio a raíz de decisiones erróneas, aun cuando su estrategia fundamental de desarrollo sigue siendo la misma desde hace años; la Unidad Popular en Chile nunca logró un consenso sobre la estrategia económica a seguir; Nicaragua sigue pasando por su vía crucis impuesto, en parte, por los grandes desacuerdos respecto al uso de los recursos naturales y humanos.⁵ Claro está, que en ninguno de estos casos es posible desprender los desacuerdos estratégicos entre los participantes del proceso, de los intentos concertados de Estados Unidos y sus aliados para destruir estas sociedades de transición, intentos que han cobrado altos costos económicos y humanos en la región durante el último cuarto de siglo.

La reorganización socio-económica en el ensayo de Sendic, tiene como punto de partida, la consideración de la estructura productiva junto a la canasta de bienes y servicios colectivamente determinados como necesarios. Aquí la integración de bienes y servicios es importante por la penuria de recursos materiales que limita las posibilidades de mejorar el nivel material de la vida. Ejemplo tras ejemplo han demostrado la posibilidad de mejorar la calidad de vida colectiva e individual, con la entrega de mejores servicios educacionales y el desarrollo de prácticas de medicina preventiva que alargan la expectativa de vida y reducen la tasa de mortalidad, sobre todo entre los más jóvenes. Desgraciadamente,

casi todas las sociedades en transición se ven obligadas a convertirse también en economías de guerra para enfrentar la reacción interna, abundantemente alimentada por fuerzas externas que obran sin el más mínimo respeto a las normas internacionales de conducta.

Para lograr esta reorganización, Sendic insiste en la ausencia de respuestas mágicas a nivel global. La puesta en marcha del aparato productivo requiere de los esfuerzos individuales de todos los grupos sociales dispuestos a colaborar. La experiencia demuestra claramente la dificultad de descansar en una dirección central para aprovechar y después, aumentar la capacidad instalada en todos los sectores y regiones de un país. Más bien, la primera labor de cualquier dirección transicional, tendría que ser la movilización de las fuerzas sociales disponibles para identificar y poner esta capacidad en producción. Para lograrlo, es esencial establecer, con base en un diálogo bien orientado, las prioridades sociales y productivas que guiarían a todas las instancias de decisión y ejecución. Este diálogo es de primera importancia para incorporar a las bases en el proceso y para movilizar el potencial productivo que históricamente fue aplastado por el sistema capitalista de dirección y represión.

Sin embargo, esta meta es bastante difícil de lograr por la propia historia de producción enajenada que el país ha sufrido; por ello, la insistencia en la necesidad de comenzar las labores de concientización e incorporación de las masas en la toma de decisiones y su ejecución, desde las tempranas etapas de la lucha revolucionaria.

Claramente la reorganización se topará con obstáculos reales y barreras que la sociedad tendrá que enfrentar, creándose nuevas reacciones en cadena. Sendic tiene una apreciación intuitiva del problema e identifica algunos temas: dinero interno y externo. El dinero se volverá un gran problema en la economía de transición por ¡su abundancia!. A medida que la sociedad se compromete a incorporar a todos sus miembros a actividades productivas o socialmente necesarias, se encuentra con una contradicción: el aumento del número de asalariados hace crecer la demanda más

rápida que la oferta de bienes, y probablemente no se tendrá la alternativa de importar de un país superavitario los faltantes. Conjuntamente con el aumento en la ocupación, habrá una demanda legítima de garantizar un nivel mínimo de consumo para todos. Así, el compromiso de asegurar un estándar de bienestar general y el aumento de la participación en la producción, obligará a la imposición de sistemas de racionamiento de bienes básicos para todos; esto impondrá costos administrativos y políticos y las fuerzas de oposición aprovecharán el momento para señalar la debilidad de la economía de transición. El liderato tendrá que demostrar que lejos de constituir una debilidad, constituye una manifestación de fuerza.

La reacción interna y externa podrá usar el problema del dinero y de la escasez que la nueva organización social creará, para sembrar focos de subversión, como ocurrió en Cuba y Chile, y actualmente está provocando severos problemas en Nicaragua. El aumento es el nivel de bienestar material de las masas necesariamente implica sacrificios para las capas medias y altas. Los mercados negros de bienes y de divisas se constituirán en mecanismos para distorsionar y trastornar el sistema oficial de precios. Si se agrega a estos problemas inevitables, las probables tentativas de sabotaje contra el aparato productivo y la ofensiva internacional que se desatará contra cualquier esfuerzo por lograr mayor independencia y autosuficiencia nacional, la contradicción entre el aumento en la demanda y la incapacidad de responder oportunamente con un ensanchamiento de la oferta, tendrá que encontrar respuestas en la lógica de la economía de guerra. Los mecanismos y costos de este proceso deben ser previstos desde el principio de un programa de transición.

Sendic tiene claridad sobre esta cuestión. No se dirige de lleno a estos problemas, pero identifica el papel clave del dinero en la gestión económica. La sobre oferta que un buen programa de transición provocará, no podrá combatirse dentro del mercado. Tendrá que fundamentarse en la movilización política de la población para defender el programa de transición. La distribución de bienes y el ensanchamiento de servicios productivos y sociales,

tendrán que ser la base para el reordenamiento de la economía.

La nueva sociedad

La nueva sociedad tendrá que construirse sobre la base de los propios recursos del país. Pocos tendrán la posibilidad de ser autosuficientes, punto clave de la reflexión de Clive Y. Thomas, citado anteriormente. Por ello, el comercio exterior, como cualquier otra parte de la nueva economía, tendrá que contribuir al cumplimiento de las metas básicas del programa. Ningún país podrá negar la historia, destruyendo de un sólo golpe sus formas tradicionales de inserción a la economía mundial; así, en el corto plazo, tendrá que encontrar mercados para sus productos tradicionales, mientras evalúe las posibilidades de desarrollar nuevos productos para compensar las importaciones necesarias para el avance del país.

La construcción socio-económica dependerá, como apunta Sendic, de la incorporación masiva de la población a las labores productivas y de gestión. Pero la población no está preparada para estas responsabilidades. Los logros de la incorporación requerirán de un nuevo nivel de capacitación y transformaciones dramáticas en la actitud del pueblo hacia su aparato productivo; esto requerirá de un arduo proceso de educación y convencimiento en un ambiente difícil, si no abiertamente hostil. Aquí radica el verdadero reto para la sociedad en transición: movilizar la capacidad productiva de la población, a la vez que hace entrega de los bienes y servicios que el proceso revolucionario le anunció.

El ensayo de Sendic nos encamina hacia la reflexión acerca de la nueva sociedad. Identifica obstáculos y señala posibilidades. Hace hincapié en lo valioso de la población, unida en sus grupos de trabajo, como recurso productivo, como fuerza directriz. Insiste sobre la naturaleza del patrón de consumo que la nueva sociedad puede fomentar. Incita a reflexionar sobre las posibilidades internas de producción, sobre el uso de los recursos naturales disponibles. Reconoce la necesidad de recurrir al comercio exterior para suplir las deficiencias materiales que padece el país, pero advierte

sobre los peligros inherentes a la estructura de poder propia de las relaciones económicas internacionales. Nunca resultará inoportuno profundizar nuestros pensamientos sobre la reconstrucción social y económica. Este ensayo aparece en un momento particularmente propicio, no sólo en términos del proceso interno en Uruguay o en el Cono Sur, sino también a la luz de las expectativas, las esperanzas y los obstáculos que persisten en Centroamérica y en otras regiones del mundo.

Llamadas

- * Economista norteamericano, profesor en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, México.
- 1 El autor es Clive Y. Thomas, de Guyana, cuyo libro más importante sobre el tema, inexplicablemente todavía no ha encontrado la suerte de una traducción al español, reflejando en sí algunos de los problemas de la integración y la colaboración regional. Véase *Dependence and Transformation: The economics of the transition to socialism*. Monthly Review Press, Nueva York, 1974, p. 136.
- 2 Véase Lê Dúan, *La Revolución Vietnamita: Problemas fundamentales y tareas esenciales*, Hanoi, 1970. Se recomienda especialmente el punto "Para fortalecer la unidad internacional e intensificar las luchas por la paz, la independencia nacional y el socialismo".
- 3 Para un amplio análisis del papel del imperialismo en la expansión de la economía mundial y el proceso de debilitamiento que sufrió durante la guerra en Vietnam, a raíz del deterioro de la tasa de ganancia de los sesenta cuando las demandas de los obreros lograron aumentar los salarios reales, véase David Barkin, "Veinticinco años de imperialismo", *Comercio Exterior*, vol. 25:12 (diciembre de 1975), pág. 1377-1388.
- 4 Lester Thurow. "Losing the Economic race", *New York Review of Books*,

vol. 31:14, (27 de setiembre de 1984), pág. 29.

- 5 La literatura sobre estos debates es extensa. Véanse, por ejemplo, los documentos del primer y segundo congresos del Partido Comunista de Cuba y los múltiples análisis del ensayo del Che Guevara, "El hombre y el socialismo en Cuba". Para una descripción de la estrategia económica fundamental desde el inicio de la Revolución cubana, que todavía sigue vigente, consúltese David Barkin, "Agricultura: El sector clave de la economía cubana" en *Comercio Exterior* vol. 20:3 (marzo de 1970), pág. 224-236, reimpreso en *Cuba Camino Abierto*, Siglo XXI Editores, México, 1978. Para una evaluación más reciente, se recomienda el estudio de CEPAL, *Cuba: estilo de desarrollo y políticas sociales*. Siglo XXI Editores, México, 1980. Los debates sobre Chile se encuentran examinados por Sergio Bitar, *Socialismo, democracia y transición: la experiencia chilena*. Siglo XXI Editores, México, 1980, y en escritos de Pedro Vuskovic, otro ensayista de este libro, así como en los documentos de CIEPLAN de Santiago de Chile.

Notas sobre el ensayo económico de Raúl Sendic

*Ruy Mauro Marini**

I

Lo que primero impresiona en el ensayo económico de Raúl Sendic es la forma en que él se produce: discurso de lo concreto, reflexión que busca aprehender lo real sin mediaciones, aplicándose directamente a la apariencia de los fenómenos para indagar su significación. Por esto, “la economía de un país es igual a la de una familia”, del mismo modo que el comercio exterior puede ser el intercambio de vino por paño. Concurren, sin duda, para ello, las circunstancias en que el trabajo fue escrito. Pero hay más: la motivación del autor. Sendic no estudia a la economía en sí, en una perspectiva académica o técnica, para reproducirla después en su discurso. Lo hace para penetrarla, arrancarle el secreto de su papel determinante en la suerte del hombre. A la elección de la economía como tema central del estudio sólo tiene una razón: ella es la instancia fundamental en que el hombre se realiza y es necesario transformarla, para hacer que esa realización sea plena.

Por esto, si por la forma la investigación evoca ya irresistiblemente a los clásicos (Ricardo, Malthus), tiene en el fondo un punto común con ellos: el estudio de la economía como economía política o, lo que es lo mismo, la visión de la economía en tanto la dimensión más importante de la moderna sociedad humana. Se separa de los clásicos, sin embargo, en la medida en que se plantea como crítica de la economía capitalista y, sobre todo, crítica de la economía política –allí están las observaciones sobre Keynes para demostrarlo.

II

El verdadero centro de la reflexión teórica de Sendic no es la cosa en sí, sino sus posibilidades y su proceso real de transformación. En otras palabras: no se trata simplemente de la economía, sino de la economía de la transición socialista. No sorprende así que —sin que sus nombres se pronuncien— Polonia, Cuba, Nicaragua sean puntos de referencia permanentes en la crítica que ejerce sobre la economía capitalista y, muy particularmente, como uruguayo y latinoamericano que es, sobre la economía capitalista dependiente.

III

La economía está puesta, ya en su definición, en función de la satisfacción de las necesidades básicas del hombre y la promoción de su bienestar y desarrollo. Por eso, sin desconocer al consumo capitalista y las exigencias de la acumulación, la preocupación primordial gira en torno al consumo individual y los problemas de la distribución. Pero la primera pregunta es: ¿qué inversión y qué consumo?. Desde luego, no la inversión y el consumo que mejor se adecuan entre sí (aunque la compatibilidad de ambos sea una cuestión fundamental), porque la economía no se agota en sí misma: sus fines y, por lo tanto, los criterios de valor para juzgarla están fuera de ella —en la satisfacción de las necesidades y la promoción del bienestar y del desarrollo del hombre. Se rechaza así la pretendida neutralidad del economista burgués ante el hecho económico y el positivismo de que hacen gala muchos economistas marxistas, unos y otros incurriendo, conscientemente o no, en la justificación y aun la apología del capital. Y se adquiere la seguridad necesaria para la definición y el manejo de los conceptos.

La economía no se agota en sí misma, puesto que el hombre la trasciende: el consumo rebasa el mercado ("el mercado no lo es todo"), del mismo modo como la producción tiene su supuesto

fuera de ella ("la tierra es como los robots: trabaja sola"). El hombre mismo –se podría agregar– antes de constituirse en ser económico, es ser natural. De allí resulta, por ejemplo, la diferencia entre salario y valor de la fuerza de trabajo, que el economista burgués y el positivista marxista no perciben, abdicando así de cualquier posición crítica, es decir, valorativa sobre cómo se reparte el resultado del trabajo entre el obrero y el capitalista o sobre la correlación entre la vigencia histórica de un sistema económico y su capacidad de asegurar la reproducción normal de la fuerza de trabajo. En la misma línea de pensamiento, el error que el economista burgués comete conscientemente, al hacer idénticas la productividad y la intensidad del trabajo, y que el positivista marxista desliza más de un vez en su razonamiento, debe descartarse de manera categórica: el aumento de la productividad corresponde a un gasto menor de fuerza de trabajo para obtener la misma masa de bienes ("menos mano de obra para igual producción") y va, pues, ligado al progreso técnico. Sin embargo, la economía vulgar puede confundirlo todo y plantear situaciones en las que el progreso técnico se expresa en una baja de la productividad.

IV

El consumo individual –que es, en última instancia, la razón de ser de la economía, en la medida en que asegura de manera inmediata la reproducción de la fuerza de trabajo– debe ser sometido también a la crítica. De partida, hay que distinguir entre las necesidades básicas, que se refieren a la reproducción del hombre en su dimensión natural, de aquel tipo de consumo que las rebasa (el "suntuaconsumo") y promueve el desarrollo del hombre como ser social. Pero el mismo "suntuaconsumo" ha de ser puesto en tela de juicio, para distinguir aquel que enriquece verdaderamente al hombre –y es, pues, "socialmente deseable"– del que llega a ser en su límite la expresión de un comportamiento "neurótico". Ese desorden del consumo brota de la desigualdad social; en este sentido, para arribar a un estilo de consumo que se rija conscientemente por la satisfacción de las necesidades básicas

y la promoción del desarrollo del hombre, “es necesario que haya igualdad en el consumo”.

V

El centro de interés en la economía de la producción es el aumento de la productividad, que va aparejado con el progreso técnico. Factor fundamental del desarrollo económico, en la medida en que permite reducir el gasto de fuerza de trabajo, aumentar la masa de bienes y abaratar los precios, el aumento de la productividad, “dejado a su libre juego, suele crear una muy antieconómica división del trabajo”, dentro y fuera de la economía nacional. Así es como la reducción de fuerza de trabajo en la producción de bienes suele expresarse por la disminución de trabajadores ocupados, siendo el excedente de mano de obra empujado a la prestación de servicios, donde va a configurar una situación de desempleo disfrazado, en condiciones de baja productividad. Esa relación inversa entre el aumento de la productividad y la creación de empleos productivos favorece el crecimiento del consumo suntuario de los grupos sociales de mayor riesgo; crea hábitos que estimulan la importación de los bienes que componen ese tipo de consumo, agravando la dependencia, y acaba por presionar hacia abajo los salarios de los trabajadores, para permitir la mantención y expansión en la cúspide del consumo suntuario. Con esto, lo que aparecía como fuente de mayor bienestar se convierte en factor que restringe el consumo de las mayorías.

El desarrollo de la técnica, que está en la base del aumento de la productividad, tiende a privilegiar las grandes unidades de producción y, por ende, los grandes centros industriales, en detrimento de las economías regionales o locales y de los pequeños y medianos productores. Sin embargo, tanto unos como otros son necesarios para lograr un crecimiento económico equilibrado y que se muestre también “más ágil para los cambios tecnológicos”. Ese desarrollo técnico provoca el rezago de la agricultura y de la minería, en beneficio de la industria manufacturera y –por el

hecho de que el aumento de la productividad, pese a incidir menos en la producción de materias primas, conlleva a un mayor consumo de ellas en la industria— lleva a esta última a presionar sobre las otras esferas de producción en el sentido de hacer bajar sus precios, además de propiciar el ahondamiento de las diferencias salariales. En el plano de la economía mundial, el resultado de ese modo peculiar de progreso técnico es una división internacional del trabajo que promueve la desigualdad entre las naciones.

VI

Para corresponder a los intereses del hombre, la economía no puede ser dejada a su libre movimiento: tiene que someterse a una intervención consciente, mediante “tecnoestructuras”. Estas se expresan en distintas formas —entre ellas, el dinero— pero la “tecnoestructura” por excelencia, o la síntesis superior de las “tecnoestructuras”, es el plan. Al plan cabe ordenar la actividad real de los hombres, según los objetivos que estos se dan, pero de ningún modo coartar esa actividad. Su fuente generatriz y su mecanismo de corrección es la iniciativa individual y popular, que no se confunde con la iniciativa privada capitalista, una vez que no reposa en la propiedad privada y que se realiza mediante la cooperación, no la competencia. Mediante ella, los hombres hacen del trabajo el instrumento primordial de su realización (el no-trabajo siendo fuente de frustración o desequilibrio) y plantean sus propios proyectos de inversión y consumo. Así es como los hombres desarrollan su creatividad, que se despliega mejor en el ámbito colectivo, y más aún en lo colectivo inmediato, la “célula” (en contraposición a la “asamblea”). Se trata, pues, de una planificación democrática (“la célula debería ser la unidad de toda democracia”).

El plan supone la socialización, pero la socialización tiene sus condicionantes y sus límites. En donde esto se especifica mejor es en relación al agro: existe “una extensión óptima para cada cultivo y cada suelo”, que apunta a distintos tamaños de explotación, lo que es reforzado por el hecho de que los distintos cultivos suponen

también grados diferentes de mecanización; pero, además y por sobre todo, en los procesos de socialización y racionalización de la agricultura influye el peso específico del campesinado y su estructura interna, que exigen variadas formas de organización económica. Hay, sin embargo, una regla general para llevar adelante ese proceso: asegurar al campesino la propiedad de la vivienda, del huerto, etcétera y darle en usufructo los campos e instalaciones, al mismo tiempo que se libra el combate al atraso cultural y tecnológico propio del medio rural.

VII

Este último aspecto –la lucha ideológica– es decisivo en la creación de una economía hecha a la medida del hombre. La transición a una forma económica superior, la construcción socialista para decirlo todo, supone un cambio radical de mentalidad, que implica forjar una “mística”; sólo así se libera “esa fuerza económica que es la creatividad para la producción y la organización”. También una “mística” para el consumo, que levante nuevos valores, nuevos “marcos de referencia” para el comportamiento económico (“hay una vieja austeridad y una orgullosa sobriedad... compatibles con grandes civilizaciones, entendiendo por tales también aquellas que lograron grandes valores morales”). En fin, una “mística internacional”, que convierta a la difusión de tecnología en materia prima de lo que se puede llamar, sin miedo, internacionalismo proletario.

Finalmente, no se trata de lograr un desarrollo cualquiera, una acumulación cualquiera, un crecimiento cualquiera. ¿Qué crecimiento desear? Uno que, sobre la base del plan, armonice producción y consumo, dejando atrás a las crisis; que promueva el desarrollo equilibrado de la ciudad y del campo, de la región y la nación, de la nación y la economía mundial; que –arrancando de la eficiencia del aparato productivo y la reorientación del excedente hacia la expansión de los servicios– impulse el pleno empleo, asegure la satisfacción de las necesidades básicas de la población

(“seguro social pleno”) y favorezca la más amplia distribución de la riqueza.

En suma: una economía encaminada a la elevación de los niveles de consumo y bienestar de las mayorías y vuelta integralmente hacia el desarrollo del hombre.

* Economista brasileño, profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Raúl Sendic: Un principio de realidad sobre la crisis

*Alberto Spagnolo**

¿Cómo explicar el punto en que nos encontramos, cómo aproximarnos a las circunstancias que nos tocan vivir? ¿Cuál es la “razón” preponderante de un momento que combina profundos cambios económicos, mutaciones sociales y nuevos rumbos políticos? La pregunta vale, y vale tanto para el mundo desarrollado como para países menos desarrollados, para el Norte como para el Sur, para el occidente capitalista como para los difíciles procesos transicionales que buscan nuevas formas reproductivas. Hay al menos, una primera respuesta: la “normalidad” derivada del orden mundial de posguerra, la permanencia de reglas de juego e instituciones que la caracterizaba, ha dado lugar, finalmente, a la ruptura de la cohesión, a la desestructuración de los antiguos vínculos entre países, entre sociedad y Estado, entre individuos. Nadie ni nada escapa hoy a esta determinación esencial ni nadie, al mismo tiempo, puede evitar el desconcierto y la búsqueda de alternativas. Miseria y virtud del tiempo vivido, el presente parece encerrado entre la añoranza y la imaginación prospectiva. El desconcierto y el temor anidan retornos imposibles; la búsqueda quisiera, muchas veces, trasladarse sin contagio con un presente que parece no llevar en su seno la posibilidad del futuro.

El único modo que el capital conoce para autotransformarse y mutar en consecuencia a la sociedad misma, es mediante la crisis. Quizás sea esta la segunda respuesta posible a la pregunta originaria: el punto de partida para pensar la desestructuración del orden de la posguerra, es sin duda, la crisis. Hablamos de capital y de crisis en un sentido “objetivo”, resultados no deseados, potencias medias que se imponen al margen de la conciencia, la

voluntad y las intenciones de los hombres, resultados necesarios de la existencia del precio, la ganancia y el mercado como únicas formas vinculantes de la actividad productiva de los individuos. Pero es cierto que ni el capital ni la crisis existen como puros datos objetivos, sino que también son producto de voluntades sociales y políticas. En esta perspectiva, se pueden formular varias aclaraciones.

En principio, la crisis combina economía y política, combina la necesidad económica con la relación de fuerza entre los contendientes. En ella se mezclan dificultades económicas reales con el estado de situación del conflicto social (conflicto capital/capital y capital/trabajo). No es suficiente la existencia de la dificultad económica sino que también es necesario que algún actor social esté dispuesto a jugar la crisis en su favor, a usar la situación de crisis para un reordenamiento que lo favorezca.

Por otro lado, esta confluencia de economía y política, esta posibilidad doble, siempre abierta de la crisis, la define como momento normal en la vida del capital, parte de su propia dinámica. No es, en consecuencia, ni un fenómeno anormal ni mucho menos exógeno, exterior al concepto de capital. Sólo pueden pensarla como anomalía y fruto de razones extrañas aquellos que asumen el equilibrio como parte constitutiva del movimiento real, aquellos que piensan al mercado como el asignador óptimo de recursos y a la ganancia y los precios como únicos indicadores de la eficiencia.

Igualmente, economía y política aparecen, en sus determinaciones peculiares, en el doble momento de toda crisis, en la destrucción y la reestructuración. En términos más específicamente económicos, la crisis destruye la antigua forma de acumulación y precipita los elementos para relanzarla en nuevas figuras. Pero tanto en la destrucción como en el reordenamiento, aparecen objetivos económicos y objetivos políticos. Mejor aun, la economía se convierte en el pretexto para modificar lo social y lo político de acuerdo a los intereses de quien detenta el liderazgo en la situación de crisis, de los intereses de la fracción, grupo o sector que usa la crisis o intenta hacerlo.

Finalmente, la crisis es sinónimo de transición capitalista. En la medida en que a través de la misma se destruyen las antiguas normas, instituciones y reglas de juego y se generan las condiciones para la existencia de nuevas modalidades de la vida social (economía y política incluidas), la situación crítica incluye lo viejo y lo nuevo, lo que tiende a desaparecer y lo que se instala como novedad.

Sendic dice: "La actual es una crisis de sobreproducción industrial que empieza en 1985...". Este momento de inicio de la situación de crisis bien puede ser nuestra tercera aproximación a las preguntas con que comenzamos el ensayo. Apenas 15 años después de instauradas las reglas de juego que caracterizan el orden de posguerra, se debilitaban las fuerzas expansivas.

Por un lado, 1965 señalaba los límites a cierto tipo de crecimiento de la industria mundial en el cual tenían demasiada importancia los "impulsos nacionales autónomos" de desarrollo industrial. Se gestaba la expansión de una industria altamente protegida, con elevados subsidios y con escasos puntos de contacto con el movimiento del capital mundial. Predominaban los espacios nacionales en la determinación del crecimiento industrial. Es cierto, igualmente, que junto a este proceso, se expandía considerablemente el comercio mundial gracias a rondas sucesivas de negociaciones comerciales multilaterales; incluso, al menos hasta 1973, el ritmo de crecimiento del comercio aventajaba al del crecimiento de la producción mundial. Es este conflicto, entre la base nacional del crecimiento industrial y la liberalización progresiva del comercio mundial, el que comienza a desplegarse a mediados de los sesenta.

Hay un segundo problema que reaparece con fuerza en esa época. La expansión de una industria protegida, además de imponer ciertos costos que el conjunto de la sociedad debía solventar, dio lugar a la existencia de ciertos mecanismos sociales que no premiaban, adecuadamente, los progresos en la productividad. El capital acostumbrado a la protección no genera, a través del incremento de productividad, sus propios impulsos autodefensivos. Pero al mismo tiempo, si algo explica el conjunto de la expansión capitalista de posguerra es el notable incremento de la

productividad que había socavado la base material de antiguas formas productivas. Desde aquí puede explicarse una segunda línea de conflictos: un nuevo salto en la productividad requería el desmantelamiento de la protección y, sobre todo, adecuados premios a las iniciativas de expansión de la capacidad productiva.

La expansión del comercio y el incremento de la productividad estaban referidos ya a la economía mundial, a un espacio que rebasaba el estrecho marco nacional en que los impulsos industrializadores habían tenido vigencia. La pugna internacional comenzaba a desatarse y con ella el reconocimiento de que todos habían producido en demasía. Mercancías de más y capital de más eran los datos prevaletientes del mercado mundial de manufacturas. Comercio mundial, productividad y sobreproducción empujaron modificaciones en el sistema monetario (papel del dólar, paridades flotantes) y favorecieron una enorme movilidad del capital dinerario a nivel internacional (mercado mundial privado de capitales).

Un cuarto y último elemento que fija a 1965 como momento histórico clave de la época que vivimos, tiende a reflejarse en la tasa de retorno del capital, objetivo de su existencia. Cualquiera sea el indicador que escojamos, numerosos trabajos demuestran que, para dicha época, la tasa de retorno de las corporaciones no financieras en los principales países capitalistas del mundo observa un descenso notable. Desde 1965 como punto máximo, se inicia una tendencia a la baja de la tasa de retorno que condensaba las líneas conflictivas que hemos enunciado anteriormente. En ella se sintetizan las dificultades económicas propias de una época de crisis.

Pero dijimos que no sólo se trataba de dificultades económicas reales u objetivas en el sentido de control consciente sobre los resultados. Eran necesarias voluntades sociales y políticas que asumieran liderazgos transformadores en provecho propio. Tendió así a configurarse un discurso reordenador a partir de la crisis, una verdadera "ideología de la crisis": el monetarismo. No era nuevo, pero precisaba mejor su estrategia; las dificultades económicas descriptas "refuncionalizaban" mejor su operatividad.

No es difícil reconstruir el argumento: el equilibrio real es posible y deseable, la moneda es factor de equilibrio, las políticas monetarias y en consecuencia el Estado, son los presupuestos originarios de la crisis. Políticas monetarias restrictivas y desmantelamiento de la "adiposidad" del Estado fueron y son sus núcleos teóricos y políticos elementales. Desde allí se construyó su cadena analítica: aperturas económicas, liberación del comercio, incremento de la productividad, aumento de la eficiencia económica global, revigorización del mercado, de la ganancia y los precios, como asignadores óptimos de los recursos productivos. En síntesis, mezclar y dar de nuevo, quebrar las viejas resistencias nacionales, dar prioridad al mercado mundial, industrializar para el mundo, reordenar y reestructurar el comercio y la productividad, relanzar la ganancia y, con ella, la acumulación. Algo de esto conocieron, como parte alicuota del capitalismo mundial, los países del Cono Sur (Chile, Argentina, Uruguay).

Ahora bien, ¿qué fracción social y política se agazapaba detrás del discurso libertario del capital?. Ante la falta de categorías más específicas, podríamos nombrar al capital financiero nacional e internacional. Dentro de esta conceptualización genérica, sin embargo, podemos afirmar que eran los grandes capitalistas propietarios de dinero los que pretendían cargar la crisis sobre el sector real, sobre la producción real. Más precisamente aun, no toda la burguesía productiva paga, como clase, como conjunto social, los costos de la operatividad de la crisis. Sólo los asalariados asumen, a cuenta y cargo, los costos de la situación de crisis como conjunto social.

Sujeto y programa, los grandes propietarios de capital dinero relocalaban al monetarismo como la alternativa, teórica y práctica, frente a las dificultades económicas desplegadas desde mediados de los sesenta. Aquí está, lo que Sendic denomina "uso indeseable del dinero". El dinero opuesto a lo real, el dinero como alternativa de lo real, el dinero como "desvalorizador" de lo real. El dinero "esclavizando a toda la economía hasta llevarla a una vía muerta".

Pero también Sendic se pregunta cuál es la esencia de este

suicidio en masa del capital. Porque es claro que el dinero no engendra dinero por su misma calidad dineraria; lo engendra en tanto, amo de la producción, permite la apropiación del excedente que esta genera. A pesar de esta dependencia que el dinero tiene de lo real o productivo, en la crisis pareciera atentar contra la "gallina de los huevos de oro". Por eso la apariencia de suicidio en masa, de asfixia interminable. La crisis aparece como el momento oportuno para que el capital dinerario redefina su vínculo con el capital real, replantee su relación de control y dominación sobre lo productivo, reordene su disciplina sobre el conjunto de la sociedad. Socialmente se afirma el poder del dinero sobre el poder de lo real. Téngase en cuenta, sin embargo, que no todos los propietarios de dinero ganan, salen victoriosos de la situación de crisis. Por ello, afirmamos que son los grandes propietarios de dinero, el sujeto capitalista dominante en la situación de crisis. Por ello afirmamos que son los grandes propietarios de dinero, el sujeto capitalista dominante en la situación de crisis. Que algunos pierdan, incluso que grandes bancos puedan quebrar, no niega esta reafirmación de la "violencia monetaria" como mecanismo de control social. Es este aspecto el que permite seguir los conflictos sociales ya no bajo lo genérico de "clase", sino en lo específico de grupos que disputan espacios de poder dentro del favorecimiento general a la propiedad del dinero.

Esta reafirmación del predominio del dinero en la crisis no es un elemento contingente, que puede o no existir. Es un mecanismo necesario en tanto permite destruir capital sobrante, desvalorizar mercancías sobreproducidas, disminuir el salario, acicatear la expansión de la productividad por el capital individual para no desaparecer en la competencia, expandir el comercio, etcétera. En particular, el costo del dinero (medido en la tasa de interés) coloca un nuevo piso a la tasa de ganancia real: ningún capitalista va a invertir en la producción si el retorno esperado no es superior a la tasa de interés e igualmente, con niveles superiores de ganancia real posible, el capital dinerario se apropia de un excedente mayor. Sendic menciona un "algo común" entre la crisis del '29 y la crisis actual: "...el pasaje súbito de capital productivo a especulativo, el

rápido crecimiento de éste colocando en la insolvencia un vasto sector de la economía...”.

La disciplina monetaria tiene una ventaja adicional: no es incompatible con la convocatoria a respetar el mercado, al precio y a la ganancia como asignadores óptimos de los recursos. La violencia monetaria es impersonal, obliga y disciplina espontáneamente, es un medio que instala autoridad y dicta reglas generales que surgen de su propia objetividad. Todas las pautas de comportamiento –sociales e individuales– parecen impuestas por este objeto sacro que funciona como árbitro imparcial. En tanto ajeno a la cualidad ya que todo lo homogeneiza y lo reduce a simple diferencia de cantidad, despliega la fantasía de poder ser apropiado por cualquier sujeto social. La moneda es poder social, síntesis de poder mercantil y poder político, medio para transformar conductas, normas e instituciones. La violencia monetaria, por lo demás, no está reñida con el terrorismo político estatal: ambos conducen al logro de un ciudadano desprotegido, carente de defensas reales, fragmentado.

Estado y moneda son formas vinculantes, medios para el logro de fines sociales y, en consecuencia, productos ambos de las prácticas sociales. Estado y moneda son “nexos sociales” autonomizados que el monetarismo identificó como factores de desequilibrio pero que, al mismo tiempo, transformó en potencias claves para modificar las antiguas reglas del juego. La síntesis perfecta de economía y política en la crisis se logró en la complementariedad entre violencia monetaria y violencia política, en la reconstitución de los vínculos entre poder mercantil y poder político. Nuevamente el Cono Sur es ejemplo nítido de lo que podemos concebir como forma “salvaje” de esta confluencia; la violencia política no fue allí sino la contracara necesaria de la violencia monetaria (o viceversa).

Es este el punto y el momento en que es necesario reivindicar la genialidad de Keynes y de Marx, sepultados por la abrumadora presencia teórica y política del monetarismo. Prematuramente muertos, nos acostumbramos a escuchar letanías. La crisis del keynesianismo ocupó espacios en la polémica teórica y la discu-

sión sobre la crisis del marxismo penetró con fuerza dentro del pensamiento social. En lo que aquí interesa, la unidad conflictiva entre lo real y lo dinerario, entre eficacia marginal del capital (mercancía y dinero) y el papel de ella en el proceso cíclico y en la crisis, es un argumento que lejos de perder actualidad ratifica su enorme importancia teórica y política. Más allá de la lectura distinta sobre el desequilibrio que ambos autores proponen, interesa destacar, aunque más no sea de manera colateral, la corrección del punto de partida.

Sintetizando nuestro argumento, en la crisis confluyen dificultades económicas reales, voluntades sociales y políticas interesadas y el doble momento de destrucción y reordenamiento. Es, en particular, circunstancia propicia para el despliegue del conflicto entre lo real y lo dinerario, para el ejercicio de la violencia monetaria en la prefiguración de nuevos modos sociales y políticos. Es igualmente, y en este sentido, transición, cambio, mutación social, nuevas formas productivas y nuevos vínculos sociales.

Los reencuentros democráticos del Cono Sur se superponen con este doble movimiento de crisis-transición. O mejor, nuestra transición hacia la democracia es, al mismo tiempo, transición capitalista. Es el momento, ahora sí, de hablar de crisis del monetarismo, cambiar los términos a los que estuvimos acostumbrados en los últimos años. La ideología de la crisis ensanchó la misma tal como era previsible; la profundizó ampliando el grado de dificultad y cerrando márgenes de maniobra al recambio democrático: paralización productiva, achicamiento de los países, agobio de las finanzas estatales, elevado nivel de endeudamiento externo, fragilidad evidente del sistema financiero (cortoplacismo e incobrabilidad creciente). La crisis es hoy, también, crisis de las políticas económicas, suma de incapacidades para enfrentar los problemas provocados por ella misma. Sendic afirma, por ejemplo, que esta misma crisis, iniciada en los sesenta y cinco, ya es, en los ochenta una crisis de las "tecnoestructuras capitalistas".

Este quizás sea el ángulo desde el cual pueda abordarse, con mayor criterio, una lectura posible de todo el texto de Sendic. Con lagunas e imprecisiones hay, sin embargo, un ejercicio teórico-

crítico que combina tramas históricas sólo en apariencia distantes: reencuentros democráticos, crisis-transición capitalista y crisis de las políticas económicas para salvar las crisis.

Destaca, por ejemplo, la crítica al globalismo ("la economía tradicional está enferma de globalismo"), como cuestionamiento al sentido agregado que las medidas económicas encierran. No es suficiente hablar ya de inversión o de consumo en general ("qué inversión, qué consumo y dónde") evitando los "palos de ciego" y la generalización de situaciones desde el instrumento de política que se utiliza. Se trata de una crítica que asume la heterogeneidad productiva, que coloca como, punto de partida las diferentes situaciones de los actores sociales y que, sobre todo, intenta construir una alternativa desde el valor de uso y desde las necesidades sociales. Es, asimismo, un cuestionamiento radical al monetarismo el que, operando sobre y desde la moneda, homogeniza, reduce a cantidad y magnitud las diferencias cualitativas de la estructura social ("la restricción monetaria global y la sobrevaluación son dos casos típicos de globalismo").

Esta crítica de lo global, de lo agregado, se complementa con el reconocimiento de la producción como proceso circular y continuo ("contrapunto múltiple o retroalimentación o encadenamiento"). Nuevamente el valor de uso y la necesidad social se colocan como factor implícito al colocar la productividad física y no sólo la productividad en valor como referente del encadenamiento productivo.

En el mismo sentido se orientan las críticas a los cursos espontáneos de la división del trabajo y de la distribución del ingreso, la necesidad de "tecnoestructurar" el curso de ambos procesos ya que el mercado, por sí solo, no garantiza sus efectos positivos. Así, la experiencia acumulada permite el desarrollo de niveles de conciencia social que anticipan los efectos nocivos de los cursos espontáneos. En síntesis, crítica al globalismo, recuperación del valor de uso y de la necesidad social, idea del encadenamiento de la producción física y anticipación consciente de la sociedad sobre los cursos espontáneos de algunas variables, constituyen una primera línea de sugerencias del texto.

Hay un segundo tipo de reflexión, complementaria de esta primera que acabamos de presentar, que relaciona plan, iniciativa individual, mercado y Estado. Aquí Sendic recupera un tema con larga historia en el pensamiento económico y social, el problema de la compatibilidad entre interés individual e interés general o social. Partiendo de la democratización de la iniciativa de producción ("iniciativa de producción a todos no sólo a los que tienen capital o propiedades") y recuperando la experiencia social, propone el aprovechamiento de las ventajas de la iniciativa privada ("variedad, calidad y dinamismo en la economía") junto a los efectos claramente positivos del plan ("evitar el desperdicio y la desigualdad"). Trabajos económicos muy recientes no dicen una cosa muy distinta y experiencias económicas histórico-concretas ratifican el sentido de la afirmación (descentralización y "milagro" húngaro, por ejemplo). Pero interesa destacar, sobre todo, la profunda crítica al discurso y a la práctica del monetarismo, asentados ambos sobre el supuesto de que el "egoísmo" individual contribuye, de manera espontánea, a la satisfacción del interés social. La fuga de capitales reciente en América Latina, la especulación dineraria o mercantil, la viejísima historia de las ganancias fáciles y los negocios rápidos por parte de la iniciativa privada, demuestran exactamente lo contrario. Depositar en ella la responsabilidad del liderazgo económico, social y político, confiando en el mercado, la ganancia y el sistema de precios como asignadores óptimos de los recursos, es abrir las puertas a la miseria, el hambre y la represión.

La línea reflexiva que remata los argumentos del trabajo es inmediatamente política o, si se quiere, más política que las anteriores. Podríamos sintetizarla así: la economía necesita reflejar, también, los efectos de los reencuentros democráticos, necesita incorporar la democracia como práctica activa de los productores. "La célula debería ser la unidad de toda democracia", dice textualmente Sendic, el espacio en donde se expresen los proyectos de trabajo y producción, en donde pueda receptarse la creatividad de los productores. Es la única posibilidad, la organización directa, para superar los escollos burocráticos, para integrar, desde abajo,

el interés individual y el plan. También dice que la consigna sería: "A cada uno según sus necesidades básicas; cubiertas las necesidades básicas, a cada uno según su trabajo"; trabajo-esfuerzo productivo y necesidades básicas son los referentes que contribuyen a definir el *objetivo político* de la práctica económica, realizable sólo a través del impulso a la organización directa de los productores. Benedetti tiene razón, la realidad nunca abandonó a Sendic, compañera invisible a la que los militares no pudieron prohibir la entrada.

Pensando en las coacciones de todo discurso, no hay ninguna mayor que la cárcel, síntesis del ejercicio del poder y de la selección violenta de los sujetos que pueden hablar. Sendic habló y además rompió con el ritual de cierto pensamiento crítico: no empezó por la crisis del marxismo ni tampoco por la simetría, es decir, por la afirmación de que lo que hicimos es lo mismo que la respuesta terrorista del Estado y de los militares. No hay —ni podía haber— unidad en el discurso de Sendic y por ello proponemos una lectura del texto, no con la intención de violentar el texto mismo sino más bien con el objetivo de ejercer violencia desde el discurso hacia la realidad.

Las tres líneas reflexivas que retomamos de Sendic pueden ser leídas a la luz de nuestra propia trama histórica (reencuentros democráticos, crisis-transición capitalista y crisis de las políticas de crisis). Una respuesta popular bien podría configurarse (o al menos tomar como punto de partida) la recuperación de un concepto diferente de riqueza que incluya la revalorización del mundo de los valores de uso y de las necesidades sociales, que coloque el trabajo y el esfuerzo productivo como referente de la distribución, y que, sobre todo, asuma que la economía también necesita democracia, gestión plural e igualitaria de las iniciativas de producción. En otros términos, se dificultará una respuesta popular en tanto sigamos presos de la creencia de que el mercado, el precio y la ganancia son asignadores espontáneos óptimos de nuestras capacidades productivas o mientras sigamos ratificando las decisiones productivas de los propietarios y no logremos ampliar el campo de las iniciativas sociales de producción.

No es "línea" ni discurso para capillas sectarias; es posibilidad real para que cristalicen los deseos de paz, pan, trabajo, libertad, vida y democracia de millones de individuos, es posibilidad del futuro en un presente desalentador. Hay que abrir las fábricas que la indiferencia y la especulación cerraron, calificar la fuerza de trabajo que la pretendida eficiencia descalificó, movilizar recursos humanos, incorporar los jóvenes a la producción, fomentar las formas cooperativas y sociales en la gestión productiva, romper el cerco disciplinario de la deuda interna y externa, propiciar el trueque para poner en movimiento capacidad inutilizada. Imaginación para romper el inmovilismo que la crisis impone.

De lo contrario, la crisis será gobierno, pondrá en movimiento toda su capacidad destructiva, seguirá alentando las potencias negativas de la violencia monetaria y aniquilará nuestros esfuerzos productivos. No hay "modelos" para esta posibilidad real de recuperar el valor de uso, de asumir la necesidad de satisfacer las necesidades sociales y dar lugar a la gestión igualitaria y plural de las iniciativas de producción. Sí sabemos, sin embargo, a dónde conduce el libre juego de la oferta y la demanda, la lógica de la ganancia y del precio como sistema de premios y castigos. Para no ir demasiado lejos, la prueba evidente la damos también desde el Sur: descenso del producto, desocupación, caída de los niveles de vida, concentración de la riqueza, inflación incontrolable. No faltarán, por supuesto, quienes sigan hablando de las bondades de las expectativas racionales, de la curva de Laffer o de la importancia del equilibrio general. Vale mucho más, sin embargo, el principio de realidad que acompañó a Sendic.

* Economista argentino, profesor de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía, Universidad Nacional Autónoma de México.

A propósito del texto de Raúl Sendic

*Pedro Vuskovic **

La lectura de los apuntes económicos de Raúl Sendic representó para mí una experiencia singular y una fuente motivadora de reflexiones diversas.

Supe sobre las condiciones en que los había escrito, más dramáticas de cuanto pudiera imaginarse; y por lo mismo, la avidez de la lectura no tenía que ver con cualquier intención de evaluación "técnica", de identificación de los méritos académicos que pudiera tener o las críticas que desde ese ángulo pudiera merecer el texto mismo. No era, en mi disposición de lector, la rigurosidad de sus contenidos específicos lo que importaba sino, reconocidas las circunstancias de su origen, lo que dejaría sugerido para el presente y para la elaboración posterior de uno mismo. Una condición, por lo demás, que ojalá se la pudiera encontrar también en otros escritos económicos que —a diferencia de éstos— amparan la calificación técnica y la dedicación principal de sus autores.

Pensé que esa disposición de lectura era lo que el mismo Sendic esperaba de los lectores. Porque ha escrito sobre temas económicos desde su condición fundamental de dirigente político; y por lo mismo, muy probablemente lo ha hecho para levantar inquietudes, para reclamar otras contribuciones desde ángulos no convencionales, que sin embargo son los que importan a los pueblos aunque no sirvan a los grandes intereses privados.

He creído advertir dos rasgos muy importantes en el propósito y el contenido de estos escritos; uno, que tiene que ver con el significado de ellos precisamente como manifestación de las preocupaciones económicas de un dirigente político; el otro, como expresión de una profunda convicción sobre la necesidad de extender el conocimiento económico a las masas, al hombre

común. Quisiera, pues, decir algo sobre una y otra cosa.

La relación entre "lo económico" y "lo político" ha sido y sigue siendo tema de preocupación constante y frecuente controversia. En verdad, no siempre con sentido constructivo y muchas veces bajo el sesgo de las acusaciones recíprocas: la recriminación por el "mecanismo económico" en que incurrirían unos, al exagerar la determinación política de los factores económicos; o por el "voluntarismo político" de otros, al subestimar la gravitación que tendrían en las tendencias y hechos políticos los acontecimientos económicos que los influyen. De lo que no cabe duda es de que, particularmente en el mundo contemporáneo, la habilitación para comprender los procesos económicos es una necesidad insoslayable del dirigente político; y ello no sólo cuando asume responsabilidades de gobierno, en la culminación exitosa de su causa, sino también para la contribución eficaz de su participación en la lucha que busca abrir paso al triunfo de esa causa.

La necesidad es evidente en la situación presente de América Latina. Desatada la crisis económica más profunda del último medio siglo, está arrasando en su intensidad y su extensión con los propios entendimientos del desarrollo latinoamericano que habían llegado a hacerse convencionales. La perplejidad abruma no sólo a los dirigentes políticos, sino a los mismo economistas profesionales. Las propuestas "desarrollistas" que imperaron en las décadas pasadas terminaron reconociendo fronteras aparentemente infranqueables y contribuyeron a gestar las respuestas más conservadoras o francamente reaccionarias, que en los últimos años fracasan estrepitosamente sin que surjan todavía, en su reemplazo, las nuevas propuestas de transformación social que se intuyen como las únicas capaces de abrir nuevas perspectivas de futuro.

Particularmente para la izquierda latinoamericana se ha abierto así un desafío perentorio de reinterpretación, de revisión de sus esquemas de pensamiento sobre el desarrollo de América Latina, y en consonancia con ello, de actualización y elaboración más cabal de sus propuestas. Una tarea que reclama la contribución de los economistas, pero que de ninguna manera podría ser privativa

de ellos: es, en lo esencial, una tarea política, que incumbe a los dirigentes políticos. Si otros dirigentes revolucionarios del pasado reciente sintieron la necesidad de absorber una cuota de conocimiento económico para encarar nuevas responsabilidades de administración de un aparato de Estado, hoy día esa necesidad es fruto de los requerimientos de la lucha misma y los obliga al esfuerzo de autoformación para responder a ella. Sin que lo diga explícitamente así, este propósito parece surgir de cada párrafo de los escritos de Sendic, que pareciera enseñar aprendiendo él mismo en las condiciones más penosas.

La otra condición tiene que ver con el acceso a un conocimiento económico básico de los trabajadores, del hombre común, de los no economistas. Lo cual supone romper el hermetismo de un lenguaje “especializado”, que pareciera buscar deliberadamente constituirse en las claves de una cofradía cerrada, de comunicación entre sus miembros y de barrera impenetrable para los extraños. Y aún más importante: supone referir el análisis económico a los problemas relevantes de la vida real, despojándolo del preciosismo de unas construcciones abstractas tan rigurosas en su lógica interna como lejanas de la realidad misma. Es decir, que los economistas escriban para el pueblo, no sólo para otros economistas; que faciliten entender la significación económica de los hechos de la vida cotidiana —el salario que se percibe, los precios que se pagan, el trabajo que se encuentra o no se encuentra, y la relación de todo ello con la economía nacional y sus relaciones económicas externas—; que ayude a todos a la comprensión de los procesos sociales en que de cualquier modo estamos todos envueltos; que contribuya a asentar las bases para el futuro de una sociedad “participativa”, también en lo económico.

Tal vez es esta omisión grave de los economistas profesionales lo que anima a Sendic. Por eso busca construir él mismo un “manual práctico de economía”, se esfuerza por simplificar, propone imágenes familiares que ayuden a entender los conceptos fundamentales. Se podrá criticar, con razones, el texto a que llega; pero no la legitimidad de la intención. La crítica a sus escritos supondrá a la vez el reconocimiento autocrítico de no haberse

siquiera propuesto encarar un compromiso similar; y además, reconociendo en ello una tarea particularmente difícil, que no cualquier economista se atrevería a emprender.

Por eso, procura no perderse en la maraña de influencias diversas que parece recibir, buscando desde el inicio unos ejes orientadores que prevengan los desvíos. Los encuentra, en primer lugar, en la población misma, en el propósito de que se cumpla la doble condición del hombre de ser a la vez el factor básico del proceso económico y el destinatario de sus resultados. Define entonces el objetivo de la economía en términos de una asignación de recursos que lleve a “una producción que asegure alimentos, salud y máximo desarrollo y bienestar posible de cada uno de los miembros de la población”, para lo que reclama el máximo de equidad y el mínimo de desperdicio.

Parece elemental, pero no es del todo frecuente esta colocación del hombre en el centro del “problema económico”. Sendic no vacila: recuerda la Europa en la inmediata posguerra, cuando inicia su recuperación a partir del único capital que pudo preservar, su capital humano; y advierte cómo “una inversión en máquinas es para 10 años, en alimentación, salud y enseñanza es para 40 años”. Habría que contrastar esa línea de pensamiento con la queja constante de nuestros “diagnósticos” por el *problema* de los contingentes de desocupados y subempleados, es decir, por la “gente que sobra”, en lugar de identificar en esa fuerza de trabajo no utilizada una fuente extraordinaria de *potencialidades* productivas.

En el marco de esos dos ámbitos de preocupación central la dimensión económica que tiene que asimilar el pensamiento político y la necesidad de hacer más accesible el conocimiento económico —el texto— levanta una diversidad de áreas más específicas de interés; dando a veces la impresión de que se trata más de la intuición del autor que del abordamiento sistemático del tema, pero que en cualquier caso deja identificados campos de singular interés e importancia.

Una de esas áreas tiene que ver con su crítica al carácter excesivamente global que asumen, por lo general, los plantea-

mientos económicos: “la economía tradicional está enferma de globalismo”, dice Sendic. La observación me parece justificada y de la mayor importancia. De hecho, y particularmente en nuestros medios de capitalismo subdesarrollado, es ostensible la incongruencia entre la globalidad de las categorías económicas que se manejan en el análisis y las pronunciadas diferenciaciones en el interior de los mismos conceptos en la realidad concreta a que se refieren esos análisis. Así por ejemplo, se habla del *consumo*, de sus niveles y su composición, como si los totales o promedios representaran unas situaciones relativamente homogéneas, en circunstancias que existen diferencias abismales entre distintos grupos o estratos socio-económicos y, por lo tanto, hay que preguntarse de quiénes se trata en esa referencia general. Ocurre lo mismo con las clasificaciones sectoriales en uso: no basta identificar un sector agropecuario o ramas determinadas de la industria manufacturera; es preciso desglosar entre la agricultura comercial y la economía campesina, entre la producción que se basa en mano de obra asalariada y la que generan los llamados trabajadores por cuenta propia, entre la que proviene de empresas nacionales y extranjeras, de las grandes, las medianas y las pequeñas empresas.

Los perfiles técnicos de tales estratos suelen ser muy diferentes y las cifras de producción y productividad, así como del ingreso de los factores productivos, marcan distancias enormes entre unos y otros. La “heterogeneidad estructural” se constituye en un rasgo distintivo de la mayoría de los sistemas económicos latinoamericanos. En cambio, las políticas económicas por lo general se siguen definiendo y poniendo en práctica de manera global; y por lo mismo, resultan ser idóneas o eficaces respecto de algunos estratos (de ciertos “agentes económicos”) y absolutamente inapropiados o inútiles respecto de otros.

Hasta las imágenes simplificadoras que suelen proponerse encubren en su globalidad la verdadera naturaleza de las cosas y sugieren apreciaciones equívocas y conclusiones erradas. El “círculo vicioso de la pobreza” –las sociedades pobres no pueden dedicar proporciones mayores de su ingreso a la formación de capital, y por lo mismo siguen siendo pobres– oculta la realidad de

los estratos que concentran cuotas muy grandes del ingreso total, en las que potencialmente podrían sustentar tasas de ahorro sustancialmente mayores, que sin embargo se desvían hacia niveles y formas de consumo excesivas para los grados de desarrollo de las fuerzas productivas alcanzados.

Con razón, Sendic se pregunta “¿qué inversión, y qué consumo, y dónde?”; y a la afirmación corriente de los textos más elementales que buscan explicar el problema económico como expresión de unas demandas ilimitadas frente a recursos limitados, opone el axioma “los recursos son limitados, las necesidades también, el consumo suntuario es ilimitado”.

En todo esto, independientemente de si queda o no bien resuelta en el texto, se expresa otra vez la misma preocupación fundamental, que se constituye en desafío para los economistas profesionales: es necesario identificar y explicar la naturaleza esencial de los problemas económicos, sin sofisticaciones.

El recorrido de la lectura del texto irá sugiriendo también otros desafíos similares. No siempre explícitos, ni sustentados con rigor técnico, muchas veces confusos; pero apuntando hacia cuestiones de indudable relevancia.

La preocupación por los valores democráticos y las formas en que ellos habrían de expresarse en la economía, es manifiesta en diversos párrafos y convoca a reflexionar por caminos poco transitados. Valora el trabajo, la iniciativa y la creatividad, como funciones a la vez individuales y sociales; previene contra la burocratización y busca definir los ámbitos más propicios para la participación, no tanto en los propósitos básicos como en las formas de alcanzarlos. “El objetivo –dice– no es transformar al hombre en espectador, ni en un consumidor compulsivo desentendido de la producción”; “tiene que haber vías especiales para que la creatividad no se vea frustrada: en la fábrica, es mejor la célula, donde se pueden expresar todos, que la asamblea”; “la célula debería ser la unidad de toda democracia”. Y en el parangón de célula y fábrica deja sugerido todo un tema sobre la democratización de la vida económica cotidiana.

En el mismo sentido esencial de preocupación coloca sus

referencias a los problemas tecnológicos: "la producción en serie con mano de obra masiva no es la única"; y tal vez con la imagen implícita de su propio país, de dimensión absoluta relativamente pequeña, abre discusión sobre las opciones tecnológicas de pequeña industria, llama a proteger una "logística local" y defiende el criterio económico de la ventaja de las fábricas pequeñas a niveles de zonas determinadas, que contribuyan además a evitar, según piensa, la emigración de los trabajadores.

Aprueba la desigualdad creciente de la distribución del ingreso no sólo sus dimensiones sociales y políticas, sino también su significado directamente económico: "todo aumento de productividad necesita un aumento proporcional en el número de consumidores (mayor atomización del poder adquisitivo)", relación que incorpora a su análisis proponiendo el concepto de *correlatividad*, cuya ausencia sería determinante de las crisis. Parece elemental, pero involucra sin embargo una dirección de análisis muy distinta de la que, respecto de estos temas, ha predominado largamente en el pensamiento latinoamericano. En efecto, la denuncia de la desigualdad y la propuesta de unas políticas "compensatorias" ha supuesto implícitamente que la concentración creciente del ingreso ha representado un factor de impulso dinámico al crecimiento (al favorecer la rápida diversificación de los desarrollos industriales "sustitutivos"), frente al cual se necesitaba de políticas "compensatorias" para neutralizar sus efectos adversos sociales y políticos; y sólo muy recientemente ha comenzado a abrirse paso la idea de que los altos grados de concentración del ingreso, a la vez que han aprisionado los límites de la tolerancia social y política, se constituyen también hoy día en un obstáculo objetivo para la continuidad del propio crecimiento económico. Para Sendic, esto se hace ostensible por "la quiebra de un alto porcentaje de empresas, mientras hay vastos sectores de la población que necesitan su producción y no pueden adquirirla", configurando lo que llama la "paradoja de las dos crisis simultáneas e incomunicadas, en la que cada una tiene la solución de la otra: superproducción y subconsumo".

Desprovisto de algunos prejuicios que para los economistas

profesionales adquieren frecuentemente la condición de verdades inamovibles, incursiona en campos en los que la ortodoxia ha procurado erigir vallas insuperables. Enfrentado al tema de la relación entre los medios de pago y la disponibilidad real de bienes y servicios, e invocando un "proceso de desmistificación de la moneda", llega a sugerir la posibilidad de una circulación simultánea de dos monedas con capacidad de adquisición de distintos conjuntos de bienes y servicios; con lo cual, en su opinión, se podría aplicar políticas económicas y monetarias diferenciadas de modo que no se recurra a "una restricción monetaria total cuando hay sectores que pueden servir a un consumo igual o mayor si le permiten expandirse". Con más razón, la dualidad quedaría justificada cuando se trata de los tipos de conversión de la moneda nacional respecto a las monedas extranjeras, reeditando así, en otras palabras, la vieja controversia sobre la fundamentación de un cambio único en economías que se caracterizan, por otra parte, por sus grandes heterogeneidades económicas internas.

En otro campo, las referencias a la deuda externa constituyen otra ilustración de lo que ocurre con el texto en relación a varios de los temas que toca. La argumentación, referida a los grados de correspondencia del capital especulativo involucrado con las corrientes reales de la producción, es ciertamente discutible; pero las conclusiones fundamentales que enuncia se sitúan directamente en las cuestiones centrales del asunto: "es obvio que el Tercer Mundo no podrá pagar su deuda externa... si la moratoria obligada del Tercer Mundo trae la quiebra de la banca privada internacional, no se derrumba la economía mundial por eso... es cada día más claro que lo que reciben los capitales especulativos por pago de sus préstamos, es lo que están restando de compras a sus industrias... un 'Plan Marshall' para el Tercer Mundo levantaría también la economía de los países de la OCDE".

Es la reflexión del político, del dirigente imbuido de profunda conciencia nacional y popular, más que la elaboración técnica del economista, la que conduce a Sendic a conclusiones económicas relevantes y correctas, independientemente de la forma en que las sustente. Y es también esa misma condición esencial cuya la que se

expresa en los párrafos que involucran propuestas del futuro. Tal vez sin proponérselo específicamente así, participa de hecho en los debates actuales sobre las “opciones” y “estrategias” del desarrollo, apuntando también en ello a las cuestiones más esenciales. Su convicción sobre la necesidad de reducir las desigualdades sociales, cuyos extremos se han constituido en rasgo distintivo de casi todas las sociedades latinoamericanas, su afán constante por diferenciar lo esencial de lo superfluo, el concepto de “suntuo-consumo” que utiliza, sustentan la propuesta esencial de la sociedad sobria, sin excesos de consumos innecesarios y sin déficit de necesidades básicas, que propicia para la próxima fase histórica del desarrollo latinoamericano. Recuerda a Gandhi: “no se trata de multiplicar las necesidades hasta el infinito, sino de aislar las esenciales y solucionarlas”; y aventura sobre la identificación de lo que podrían ser instrumentos idóneos para actuar en consecuencia. Otra vez, lo que pudiera parecer elemental, pero que de todos modos es lo verdaderamente importante y lo que no siempre se rescata con todo el rigor necesario en los análisis económicos más sofisticados.

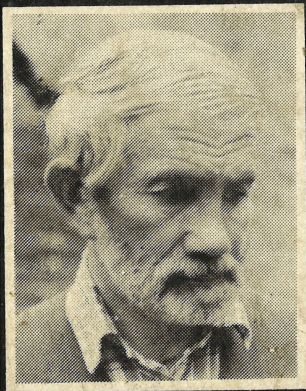
Una clave tal vez excepcionalmente prometedora para avanzar a esa integración verdadera de “lo económico” y “lo político”, que siempre proclamamos como indispensable, pero de la que sin embargo seguimos tan lejos en los hechos. Acaso en ello radique la contribución más importante de estos escritos de Sendic. Y si el texto en su versión actual no llega a cumplir bien su propósito de divulgación, de extensión amplia del conocimiento económico básico, cumplirá en cambio, sin duda, la función de motivar a los economistas, de desafiarlos en su propio campo desde fuera de su campo. Por ello, acaso sean los propios economistas los principales destinatarios de este texto, del que podrán reprobar muchos de sus contenidos, pero en el que encontrarán anotaciones sugerentes e inspiradoras. Un destino principal del texto que probablemente no estuvo en la intención de Sendic, pero que no deplorará en tanto motive las respuestas de las que los economistas pasamos a ser deudores.

- * Economista chileno, ex ministro del gobierno de Salvador Allende en Chile y actualmente catedrático-investigador del Centro de Investigación y Desarrollo Económicos, México D.F.

Se terminó de imprimir
en el mes de mayo en
Impresora Unión SRL, Joanicó 3951.
Edición amparada en la ley 13345,
. art. 72 DL 240 410

MANUAL PRÁCTICO DE ECONOMÍA

Raúl Sendic



Por la tierra y con Sendic, fue el lema de los cañeros nortños de UTAA (Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas), cuando llegaban a Montevideo después de atravesar a pie toda la República en reclamo de una justicia, un tratamiento humano y una mínima dignidad de vida que la Constitución consagra pero que ellos nunca consiguieron. Fundador del MLN, su nombre fue manejado

a veces por las agencias de noticias como el de un personaje legendario. Hoy, con todos los pormenores y elementos nuevos que ha ido aportando la dinámica realidad uruguaya, las acciones y los pronunciamientos de aquel Movimiento pueden ser evaluados a otra luz comunitaria, juzgados con otro criterio histórico, pero sería una actitud hipócrita, o al menos desaprensiva, no reconocer que en los años sesenta y en los comienzos de los setenta, Sendic y sus tupamaros conmovieron profundamente el ámbito político y social del país, llegando a poner sobre el tapete algunos temas candentes y reveladores. Luego vinieron la derrota, la cárcel, la tortura, el desmembramiento, la incomunicación y los años de soledad. Parece evidente que en doce años, en aislamiento, apartado del mundo a pesar suyo, Sendic no estuvo solo: este trabajo es una sorprendente, bienvenida prueba de que la realidad lo acompañó, nutrió y mantuvo con él un diálogo fecundo

Mano Benedetti